

MATERIALES DE ARQUEOLOGÍA TARTÉSICA: UN JARRO DE BRONCE DE
ALCALÁ DEL RÍO (SEVILLA) Y UN BROCHE DE CINTURÓN DE CORIA
DEL RÍO (SEVILLA)

DIEGO RUIZ MATA

El Museo Arqueológico de Sevilla exhibe, en una de -- sus vitrinas de material protohistórico, un jarro de bronce púnico-tartésico, según la terminología dada por García y Bellido (1), junto a otras piezas orientalizantes. En 1.969, -- el señor García de Soto, aficionado a las antigüedades, pudo obtener de una colección particular y entregar al citado Museo la pieza mencionada. Desde aquí queremos agradecerle su gentileza, que ha hecho posible el conocimiento del jarro y su certera procedencia, problemas con los que han tropezado otros jarros afines.

Procede de una de las márgenes del Guadalquivir, en -- su paso por Alcalá del Río (FIGURA 1), y se desconocen con -- detalles las circunstancias exactas del hallazgo. Según las referencias que nos han proporcionado, parece probable que -- lo hallaran unos obreros en los trabajos de dragado que se -- realizaron en aquella época en el río. De todas maneras, dos datos son dignos de crédito: su aparición en las cercanías -- de Alcalá del Río, sin que podamos precisar su lugar exacto, y que no proceda de una tumba, como es lo natural en este ti -- po de vasos (2). Tal vez proceda de una de las embarcaciones que surcaban las aguas del Guadalquivir en tiempos tartési -- cos, pues sabemos por Estrabón que el río era navegable hasta Ilija Magna (Alcalá del Río) en época prerromana y en em -- barcaciones de poco calado (3).

Alcalá del Río se encuentra enclavada a unos 20 Km. -- al norte de Sevilla, en la margen derecha del Guadalquivir y sobre un promontorio que obliga al río a variar bruscamente su curso hacia el sur (FIGURAS 1 y 2). Su emplazamiento aboga por la existencia en su solar de una población protohistó -- rica, pues está en perfecto acuerdo con las preferencias topográficas de la época a la hora de la erección de un pobla -- do, a saber, un lugar alto y dominante, junto a un río que,

a su vez, ofrezca protección natural para las embarcaciones (4). La topografía de Alcalá del Río se ajusta a estas consideraciones, a las que hemos de añadir los testimonios cerámicos de tipo púnico junto a fragmentos indígenas, fechables sin dificultad en los siglos VII-VI a. de C. y aún antes. La confirmación de Alcalá del Río como yacimiento protohistórico no sería extraña, dada la intensidad del habitat en la zona oriental del Aljarafe (FIGURA 2), con yacimientos que comienzan su historia en pleno bronce final hasta época romana y en los que se advierten potentes estratos de influjos fenicios (5).

El Seminario de Arqueología de la Universidad de Sevilla efectuó una serie de prospecciones y cortes estratigráficos en diferentes yacimientos del mediodía peninsular, con objeto de obtener la secuencia cultural de esta zona tartésica, cuyos resultados han sido muy positivos para el problema de las colonizaciones fenicias y su impacto desde el siglo VIII a. de C. (6). Como resultado de las excavaciones, observamos un nivel muy potente de cerámicas a torno -sobre los niveles del bronce final-, con decoración geométrica de colores rojos y negros, y coexistiendo con cerámicas indígenas, que indican el influjo poderoso que debieron ejercer los colonos semitas. Estos niveles abarcan los siglos VIII-VII y VI a. de C. Las recientes excavaciones en la costa malagueña han proporcionado idénticas conclusiones (7). De todo ello se desprende que el número de asentamientos fenicios es mayor que el que podemos deducir por las fuentes y su existencia, posiblemente, desde comienzos del siglo VIII a. de C.

Estas factorías paleopúnicas se establecen en puntos estratégicos comercialmente, a poca distancia de poblaciones indígenas, junto a vías navegables y de penetración -en la desembocadura de un río o, más al interior, en un altozano en una de sus márgenes-, apto como habitación y puerto. Su carácter parece ser exclusivamente comercial, según se deduce del elevado porcentaje de fragmentos de ánforas y vasos destinados al intercambio. Y en este ambiente ajetreado, de profundos contactos comerciales y culturales aparecen los jarros de bronce, formando parte casi siempre del ajuar de enterramiento, ajuar que puede estar constituido por un jarro de bronce piriforme, un braserillo también de bronce o plata, armas, cerámicas y objetos de adornos personales (8). Se observa, por los hallazgos acaecidos hasta el momento, una tendencia acusada indígena por incluir estos jarros en el repertorio de sus ajuares funerarios, que contrasta con su olvido en enterramientos de gentes semitas. Diversos enterramientos excavados en los alrededores de Carmona (Sevilla) y Huelva son elocuentes en este aspecto, mostrándonos "la existen-

cia de un abigarrado mundo indígena, rico e influido muy directamente por las civilizaciones del Mediterráneo Oriental", según ha visto Juan Pedro Garrido en la necrópolis de La Joya de Huelva (9). Y es en este mundo de aculturación donde vemos aparecer profusamente estos jarros de bronce que, en opinión de P. CINTAS, los fenicios no habrían colocado en sus tumbas. De hecho, en las necrópolis excavadas en el norte de Africa, este jarro es casi desconocido, a excepción de uno de bronce, de aspecto diferente a los peninsulares piriformes, y otro de marfil, con pié y cuello cilíndrico, procedentes de Douimes (10). Igual sucede, por ejemplo, en los enterramientos de Monte Sirai (11), e incluso en la necrópolis Laurita en Almuñecar, que posee un carácter exclusivo semita (12). No obstante no los omiten en barro, con la misma forma y sentido funerario, como las propias tumbas de las necrópolis Laurita y de Trayamar han manifestado (13).

En las tumbas fenicias de Oriente tampoco es frecuente este tipo de jarro. A lo sumo, jarros de cuarcita, con idénticas características formales que los de bronce, como en la tumba de la reina Khensa esposa de Pianhky, rey nubio, de la XXV dinastía, enterrada en el reinado de Taharqa (690-664 a. de C.) (14). Es evidente, por el contrario, que estos jarros los encontramos con relativa frecuencia en tumbas indígenas tartésicas de claros matices orientalizantes, como en la tumba de incineración de la Cañada de Rufz Sánchez en Carmona (15), la de El Palmarón, en Niebla (16), enterramientos de la necrópolis de La Joya (Huelva), etc. (17).

La península italiana, por su parte, ofrece la misma panorámica: los jarros aparecen en las magníficas tumbas etruscas, es decir, entre indígenas que viven este mismo proceso orientalizante (18).

De todo esto, y a la vista del ambiente cultural en que han aparecido los jarros actualmente registrados, podemos apuntar algunas conclusiones. Primeramente, su aceptación entre las poblaciones indígenas y su olvido en contextos puramente semitas; en segundo lugar, su uso funerario, como demuestran los enterramientos peninsulares citados. En los enterramientos semitas hemos de ver este mismo carácter, pues, si no aparecen en bronce, los substituyen por jarros cerámicos, obedeciendo tal vez a un ritual semejante, como lo prueba por ejemplo la necrópolis Laurita (19).

Los problemas se centran en lo que respecta a sus formas y decoraciones, motivadas quizás por la introducción de un prototipo común y su adaptación en los distintos talleres locales. El origen de la forma parece evidente que tengamos que buscarlo en Oriente, en el norte de Siria, como Blázquez

ha investigado (20), donde se encuentran en vidrio o cuarcita, de los que derivan los de bronce, y de estos los de cerámica, que presentan soluciones aplicables sólo a los de metal, como por ejemplo el aro en relieve o baquetón que divide cuello y cuerpo, sin utilidad práctica alguna. De la mencionada tumba de la reina Khenşa proceden unos vasos en cuarcita similares en forma a los de bronce. El más completo de los dos ejemplares hallados en el enterramiento ostenta un asa terminada en una palmeta, exactamente igual a la de los jarros de plata o bronce (21). Las características formales de estos jarros, que posteriormente se plasmarán en metal, son las siguientes: cuerpo ovoide, cuello troncocónico, baquetón central que divide ambos elementos y palmeta bajo el asa. Resulta indudable que en la fecha asignada para estos jarros -690-664 a. de C.- no podemos colocar a nuestros jarros de bronce hispanos. El más antiguo de los peninsulares sería el de La Aliseda, en vidrio, que Culican fecha a comienzos del siglo VII a. de C. (22). A partir de aquí debemos situar los restantes.

Es verosímil que, si bien todos los vasos proceden de un prototipo común, localizado en algún lugar del norte de Siria, los matices locales se impongan en los distintos elementos de que se componen los vasos. De esta manera, el baquetón puede dividir el vaso en dos partes de igual altura o estar situado de forma que el cuello sea más esbelto que el resto; el asa puede rebasar el borde o permanecer a su nivel, y puede ser de dos o de tres medias cañas; el pie puede ser plano, ligeramente cóncavo o formado por un aro delgado; de la misma manera, la boca puede adoptar diferentes soluciones: de disco plano o trilobulada; las palmetas manifiestan mayor variación y constituyen un problema arduo y de difícil solución por el momento; también los adornos de las asas en su parte superior son variadas. Pero nos parece que, en todas estas diferencias, hemos de ver presentes las diferencias propias de los distintos talleres que indudablemente existieron y el carácter de mescolanza que muestran las producciones que hoy calificamos como "tartésicas". Los problemas han sido perfectamente visto por Blanco (23), que sugiere Gadir como un centro de fabricación de objetos tartésicos en metal y supo ver y analizar el mundo exótico y orientalizante del mediodía peninsular de los siglos VII y VI, en su estudio sobre metalurgia y orfebrería, delimitando lo propio oriental de lo propio indígena. A semejante conclusión ha llegado Blázquez, en su análisis sobre un material bastante extenso, que nos ha mostrado la realidad material de la cultura tartésica (24). Maluquer, por su parte, ha sabido ver este ingrediente indoeuropeo presente en muchas de las producciones tartésicas (25).

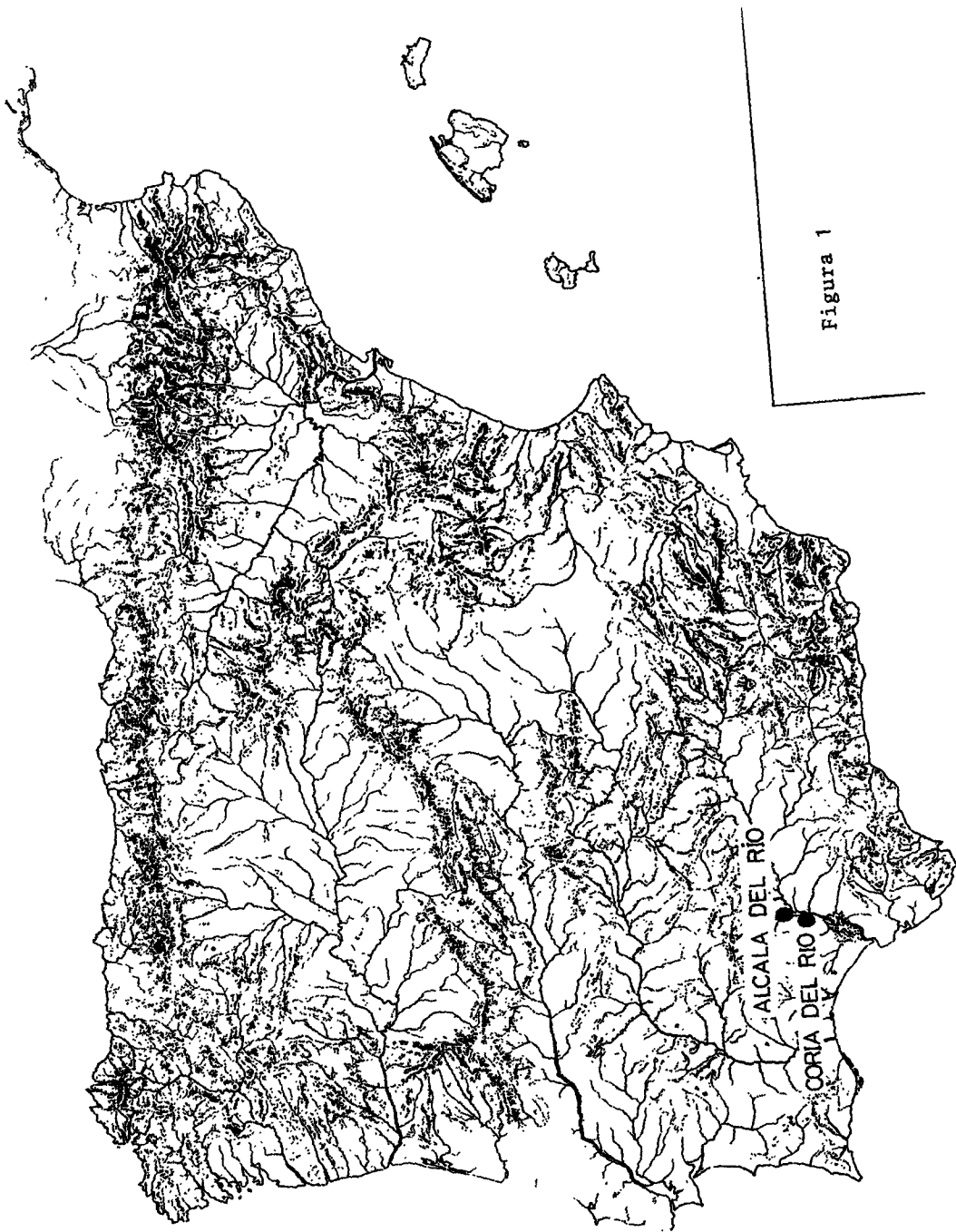


Figura 1

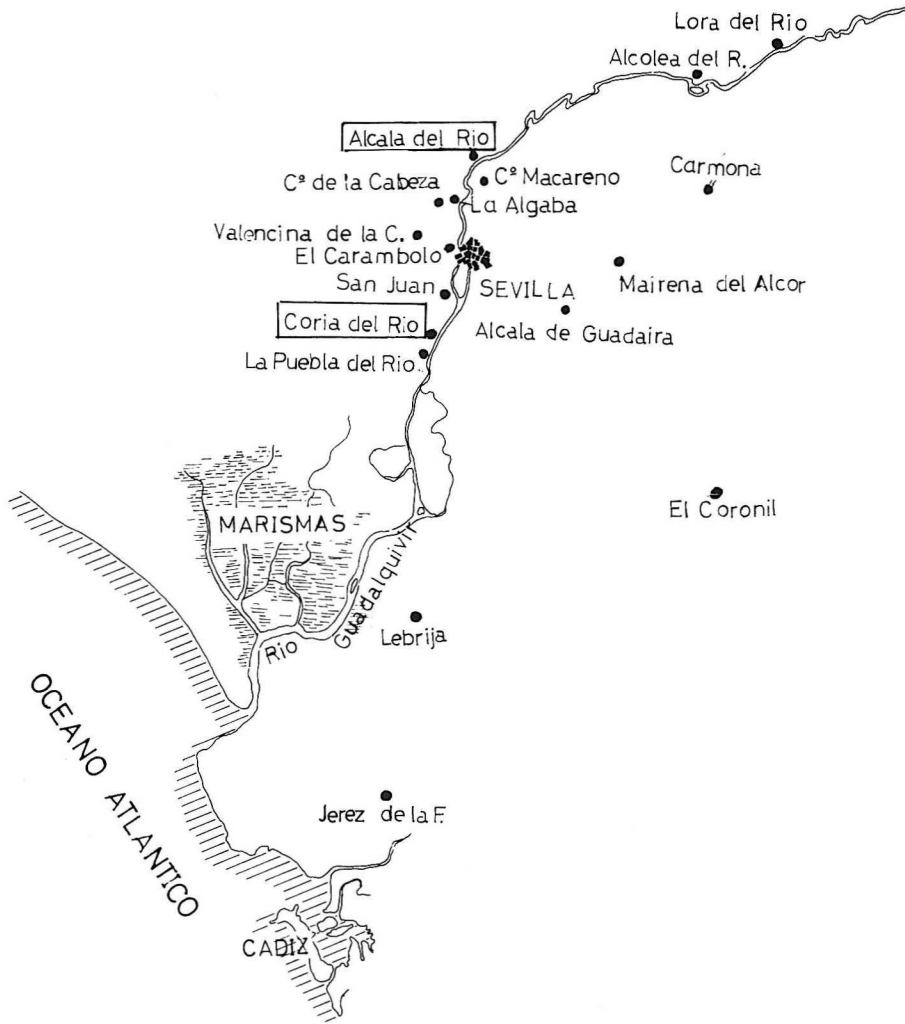


Figura 2: Situación de los yacimientos protohistóricos más importantes junto al río Guadalquivir, en los alrededores de Sevilla.

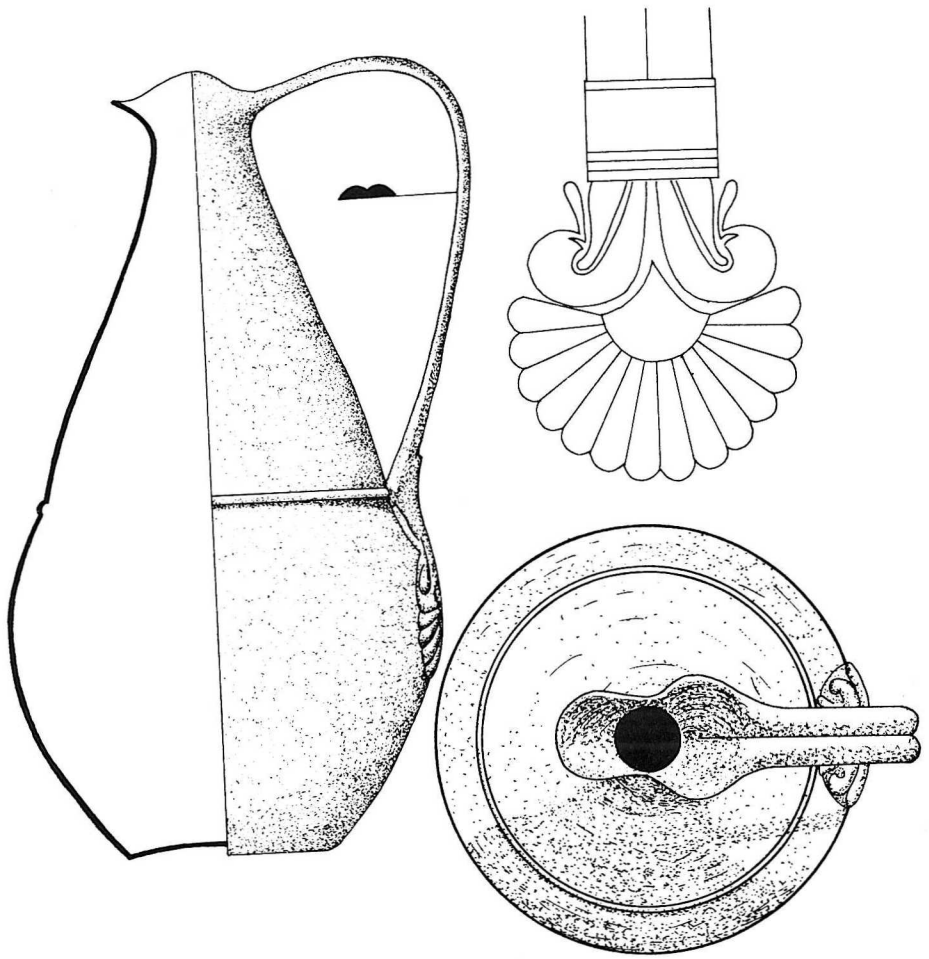


Figura 3: Jarro de bronce de Alcalá del Río (Sevilla)

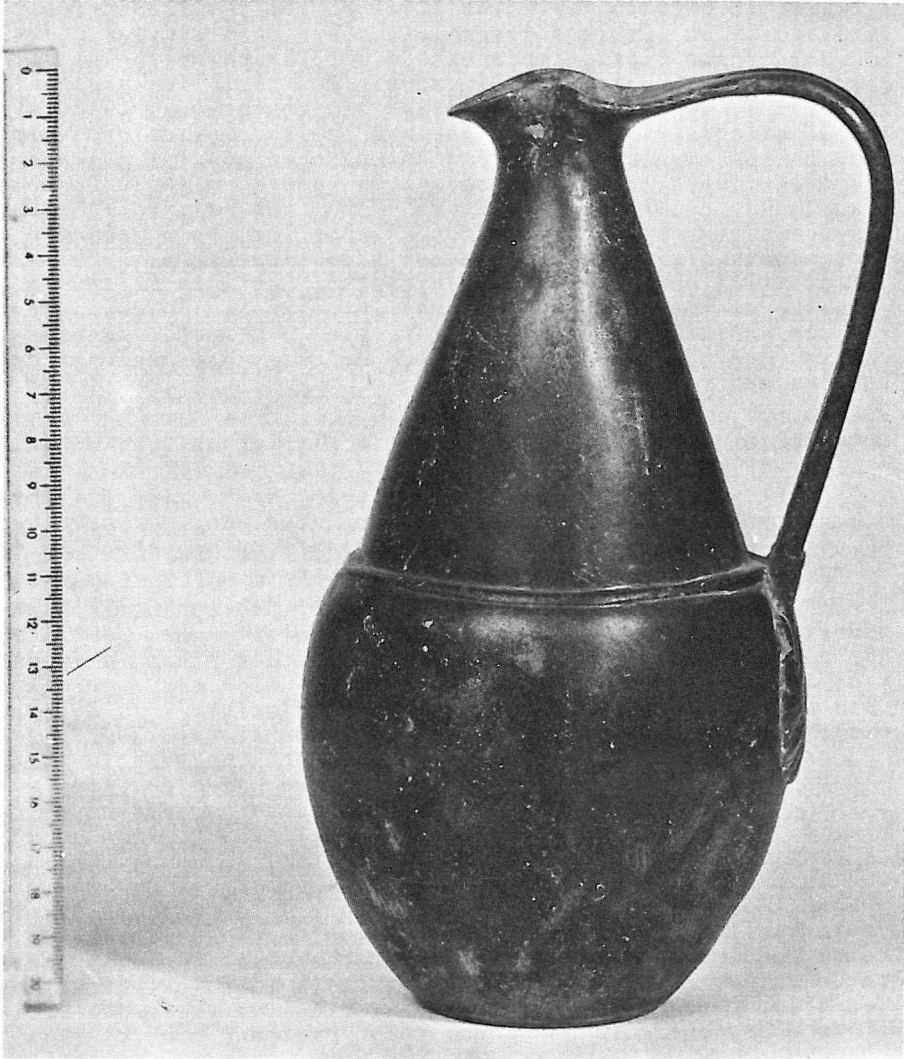


Figura 4: Jarro de bronce de Alcalá del Rio, en el Museo Arqueológico de Sevilla.

Añadamos, finalmente, que todas estas sugerencias, inferidas del estudio de los objetos metálicos, han sido corroboradas en las excavaciones de los distintos niveles en que situamos la cultura tartésica (26). En todas ellas se repite la historia en términos generales: sobre unos niveles potentes del Bronce final, representado por las cerámicas bruñidas y pintadas, observamos la aparición, hacia los siglos -- VIII-VII a. de C., de las primeras manifestaciones culturales de allende el Mediterráneo, que aportan los colonos semitas. En los niveles arqueológicos aparecen por vez primera las cerámicas a torno, decoradas con bandas, círculos o semicírculos de colores rojo o negro. Y por vez primera también, vasos más toscos, decorados con diseños incisos o mediante impresiones digitales, que pueden significar la presencia hallstattica en el mediodía peninsular. Lentamente, tras niveles de coexistencia, observamos la desaparición de las cerámicas indígenas del Bronce final y el nacimiento de una cultura nueva, lógica consecuencia de estas aportaciones culturales mediterráneas.

DESCRIPCION DEL VASO DE ALCALA DEL RIO (FIGURAS 3, 4 y 5)

El vaso, motivo de este artículo, es de tipo piriforme, de cuerpo ovoide y cuello troncocónico -con un suave realce en su parte media-, divididos mediante un baquetón o aro en relieve en la unión de ambos elementos.

Acerca de la técnica de construcción, consultamos con expertos metalúrgicos (27), que nos informaron que se trata de un bronce fundido y fabricado de una sola pieza, a excepción del fondo, que es una pieza aparte unida al resto. Si esto es cierto, la técnica empleada es distinta a la de otros vasos similares, y constituiría un argumento para aducirle una cronología más tardía, pues el baquetón no tendría su valor funcional, sino de mero adorno, en recuerdo de otros vasos más antiguos, como sucede con los vasos piriformes de cerámica. De todas maneras, no hemos localizado huellas de soldaduras en las zonas en que cabía esperarlas, como en el baquetón central, parte superior del asa en su unión a la boca y la palmeta en su entronque al cuerpo. A lo sumo, se observa la huella de la lima sobre las imperfecciones derivadas de su fundición. No obstante, mostramos nuestras dudas acerca de su fabricación, ya que el análisis no fue riguroso ni detenido, y esperamos, mediante estudios más precisos, verificar o desmentir lo que ahora sólo apuntamos con reservas.

El vaso posee una altura de 20 cm., colocándose, por tanto, delante del vaso de Coca -21 cm.- y detrás del de Villanueva de Vera -19,1 cm.-, en lo que a altura se refiere,-

según el esquema de García y Bellido acerca de los jarros es paños (28). Su estado de conservación es óptimo, quizás el mejor de los registrados hasta el momento, sin desperfectos en su superficie. Conserva una pátina verdosa. Su peso es de 950 gramos. La boca es estrecha y trilobulada, con una perforación en el cuello, bajo una de las concavidades del borde. El cuello es troncocónico, con un suave realce en su zona media, casi imperceptible, detalle al que aludimos porque aparece también en el jarro de Coca (29). Posee un fondo aplano, ligeramente cóncavo, según podemos ver en la mayor parte de la vajilla cerámica del momento (30). El asa está formada por dos medias cañas en su cara externa y lisa por el interior, y rematada al cuerpo, por bajo del baquetón, mediante una palmeta que, de ser cierto, lo que hemos sugerido acerca de su fabricación, tendría sólo una función decorativa, pues está construída de una sola pieza con el resto del vaso. Su tipología es chipro-fenicia, de catorce pétalos y una gota - en el centro enmarcada por dos volutas, de las que surgen -- dos apéndices laterales. Un rectángulo plano, con dos incisiones arriba y cuatro en la parte baja, separan la palmeta de las dos medias cañas del asa.

Las medidas de los restante elementos del jarro son - las siguientes: 1 mm. es el grosor de las paredes; la anchura del asa oscila entre 13 y 15 mm.; el diámetro de la base, 55 mm.; la palmeta tiene una anchura de 35 mm. y una altura de 34 mm., la altura vertical del asa es de 105 mm. y su tramo horizontal, que une al borde, de 55 mm.

No nos ha sido posible aclarar nada nuevo acerca de - los orígenes de este tipo de jarro, cuestión que ha sido tratada con acierto por García y Bellido (31), Blanco (32) y -- Blázquez (33), pues poco queda por añadir, aunque el problema no quede definitivamente resuelto. Además, el vaso que estudiamos no es lo suficiente elocuente como para replantearnos la cuestión y variar esencialmente la panorámica que nos han dejado los autores citados. Es nuestra pretensión sólo - dar a conocer uno más, para sumarlo al conjunto como valor - estadístico y estudiarlo en relación con los restantes vasos hispanos contemporáneos.

Para su constitución general, el oinochoe de Alcalá - del Río pertenece a la forma A de la clasificación de Blanco (34), emparentado, por tanto, con el de Carmona (35), Coca - (Segovia) (36) y el de Torres Vedras (37), el más occidental de los conocidos por ahora. Formalmente tendríamos también - que relacionarlo con el de la Aliseda (38), de vidrio y de - menor tamaño, pero todos los elementos característicos de la forma A.

La boca es trilobulada, como en todos los de la serie. A título de observación, señalaremos que los conocidos hasta aquí, en la zona del valle inferior del Guadalquivir, poseen la boca de esta forma -jarro de Carmona y Alcalá del Río-, apareciendo con más insistencia en Huelva las de disco plano -jarros de Niebla (39)-. No deja de resultar extraño el hecho de que, entre los vasos de Huelva conocidos hasta el momento, ni uno sólo pertenezca a esta forma (40). De esta región conocemos los dos de Niebla (41), de mayor tamaño que de los de la forma A, de boca en disco o arandela, asas rematadas en serpientes en su unión a la boca y con palmetas de antenas o largos tallos por debajo del baquetón. La necrópolis de La Joya, sita en la misma Huelva, ha sido fecunda en hallazgos de jarros de bronce (42), y de los cinco que ha proporcionado ninguno pertenece a la forma A. Interpretado en términos cronológicos, según las conclusiones a que se ha llegado en el estudio de estos jarros, los de Huelva serían posteriores a los sevillanos. No obstante, el panorama arqueológico que ofrece Huelva, y más concretamente en época de las colonizaciones, en ningún momento nos hace pensar en una fecha posterior (43). De todos modos, es aún prematuro inferir tales conclusiones con el poco material de que disponemos por el momento.

El cuello, troncocónico, de nuestro vaso se asemeja, por un lado, al de Coca, por un suave abultamiento en su parte media, y, de otra, al de Carmona, por el acusado estrechamiento del cuello a medida que se acerca a la boca (44). El cuello del vaso de Coca es más ancho, en su parte superior - que el de Alcalá del Río, pareciéndose más el primero al de La Aliseda (45). Este rasgo acerca más a los vasos de Alcalá del Río y de Carmona a los jarros de Niebla que a los de Coca y La Aliseda (46). No obstante, los jarros de Alcalá del Río, Coca y La Aliseda presentan un rasgo -entre otros más importantes- en que se acercan: la división tan acusada que impone el baquetón entre el cuello y cuerpo. En los restantes vasos hispánicos, el aro en resalte está más atenuado, apenas si marca un hito entre los dos elementos. Observamos todos estos rasgos porque así lo muestran estos jarros piriiformes, del mismo modo que los perfiles de los cuellos de los vasos etruscos o chipriotas son diferentes a los hispanos (47).

El fondo del jarro de Alcalá -pieza aparte unida al resto- es plana, con un ligero rehundimiento en el centro, - que ya habíamos señalado como característica común de la vajilla cerámica de la época. Los de la forma B, evidentemente, se diferencian en que están contruidos mediante un aro delgado.

El asa, de dos medias cañas, es común a las de la forma A, a diferencia de las asas de la forma B, constituídas por tres medias cañas. En este sentido, Blanco (48) recoge una sugerencia de Cintas respectos a estas asas dobles o geminadas, quien ve en ellas una marca evidente de antigüedad. En efecto, poseemos un repertorio numerosos de asas fenicias geminadas, en cerámica, y en fecha muy temprana (49). Pero, rastreando entre los materiales arcaicos también del medio-día peninsular, hemos observado que, procedentes de la necrópolis Laurita, dos vasos de alabastro poseen asas que nos parecen la imitación de otras en metal. Una procede de la tumba 3 (50) y muestra cinco medias cañas, terminadas en su parte inferior por un rectángulo abultado y liso; es una asa pequeña y redondeada. Otra, procedente de una tumba sin numeración, probablemente de la N° 10 (51), es más elocuente para nosotros, pues está dividida en tres por dos surcos, con la caña central más ancha que las laterales, y rematada con una zona cuadrangular rellena de incisiones paralelas y transversales (FIGURA 6). Manifiesta una gran semejanza con las asas de los vasos de Siruela y Niebla (52), de tres medias cañas y rectángulo con incisiones (FIGURA 7). De ser esto así, tendríamos que pensar en una fecha más alta para las asas de los jarros de la forma B y admitir su coexistencia, pues la necrópolis Laurita está bien fechada por la presencia de dos Kotiloi protocorintios en el primer cuarto del siglo VII a. de C. (53).

El asa del jarro de Alcalá está separada de la palmeta por un rectángulo liso, enmarcado por incisiones arriba y abajo. Su paralelo más exacto es el del vaso de Coca, con idénticas medias cañas y rectángulo liso. La diferencia más notable, a nuestro parecer, entre los rectángulos de las formas A y B estriban en que en la primera apenas si existe preocupación por la decoración, mientras que en la forma B se alargan, aumentan las líneas incisas que los decoran e incluso se rellenan de rombos (54). Resulta de interés, pues, el cotejo entre los vasos de Niebla, en Nueva York (55), de la forma B, de Villanueva de Vera (56), que se aparta de estas formas, pero emparentado con un jarro sidonio de la segunda mitad del siglo VI a. de C. (57), y el de Mérida, de cuerpo piriforme y boca teriomorfa (58). Muestran los tres idéntica palmeta, con la diferencia de que el de Niebla posee tallos en antenas terminando en flores de loto, e idéntico rectángulo (FIGURA 7), detalles que nos inclinarían a fecharlos a fines del siglo VI a. de C. La duda nos asalta cuando abordamos el problema del jarro, de boca teriomorfa, de la tumba 18 de la necrópolis de La Joya (59), que, por su forma general, se entroncaría con la forma C, junto al jarro de Mérida, posterior a la forma A. Pero la palmeta que posee es muy si-

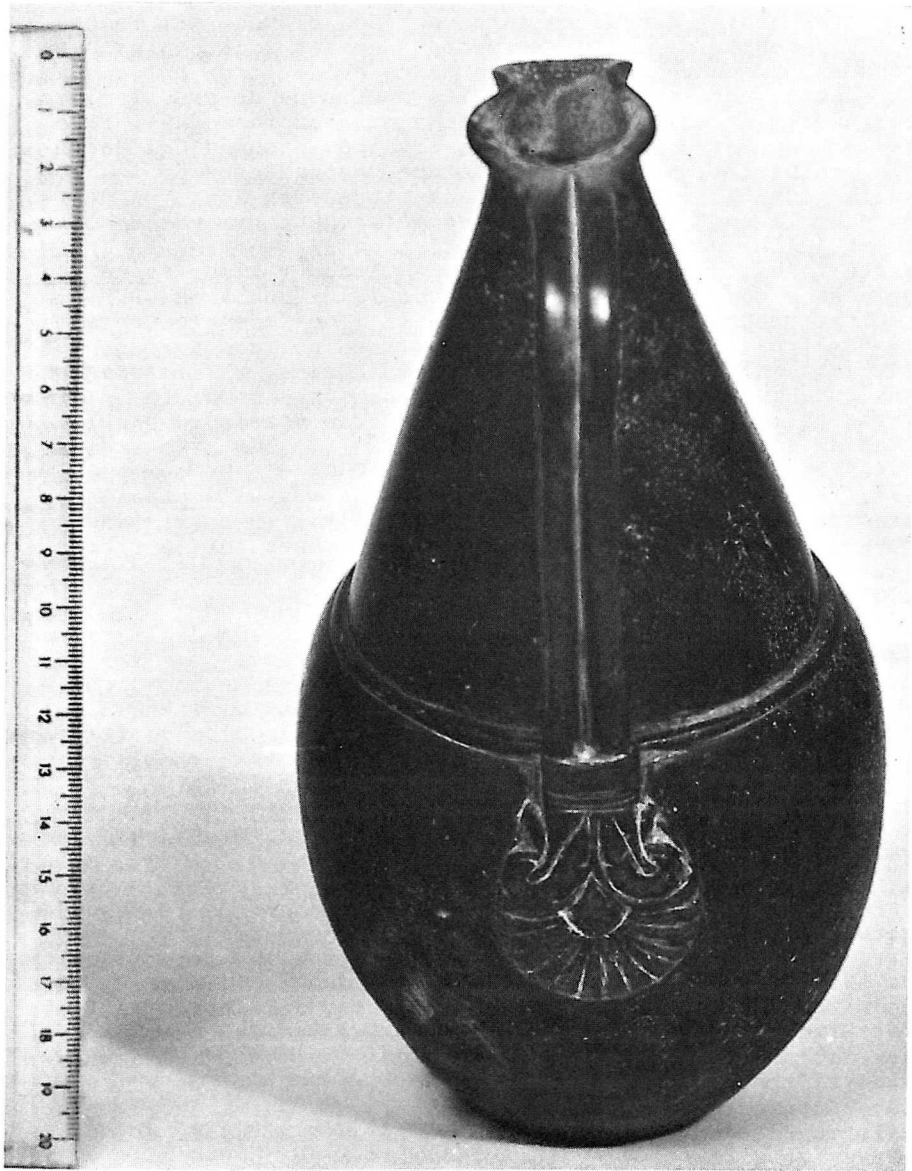


Figura 5: Jarro de bronce de Alcalá del Río

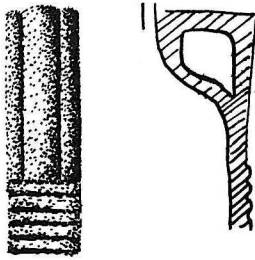


Figura 6: Asa de un vaso de alabastro, procedente de una tumba sin numeración, acaso de la N° 10 (Según M. Pellicer)

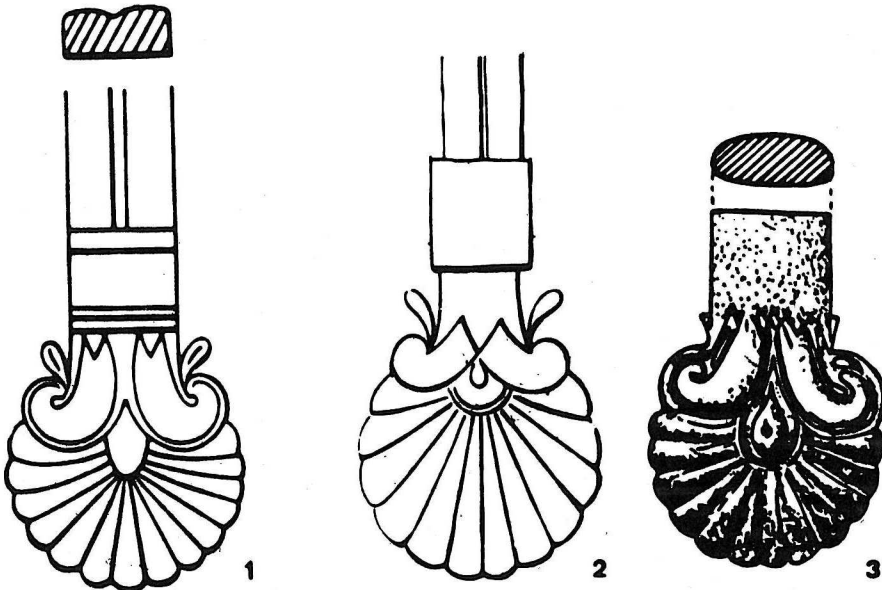


Figura 7: Repertorio de asas y palmetas de jarros españoles: 1, Coca; 2, Carmona; 3 Huelva.

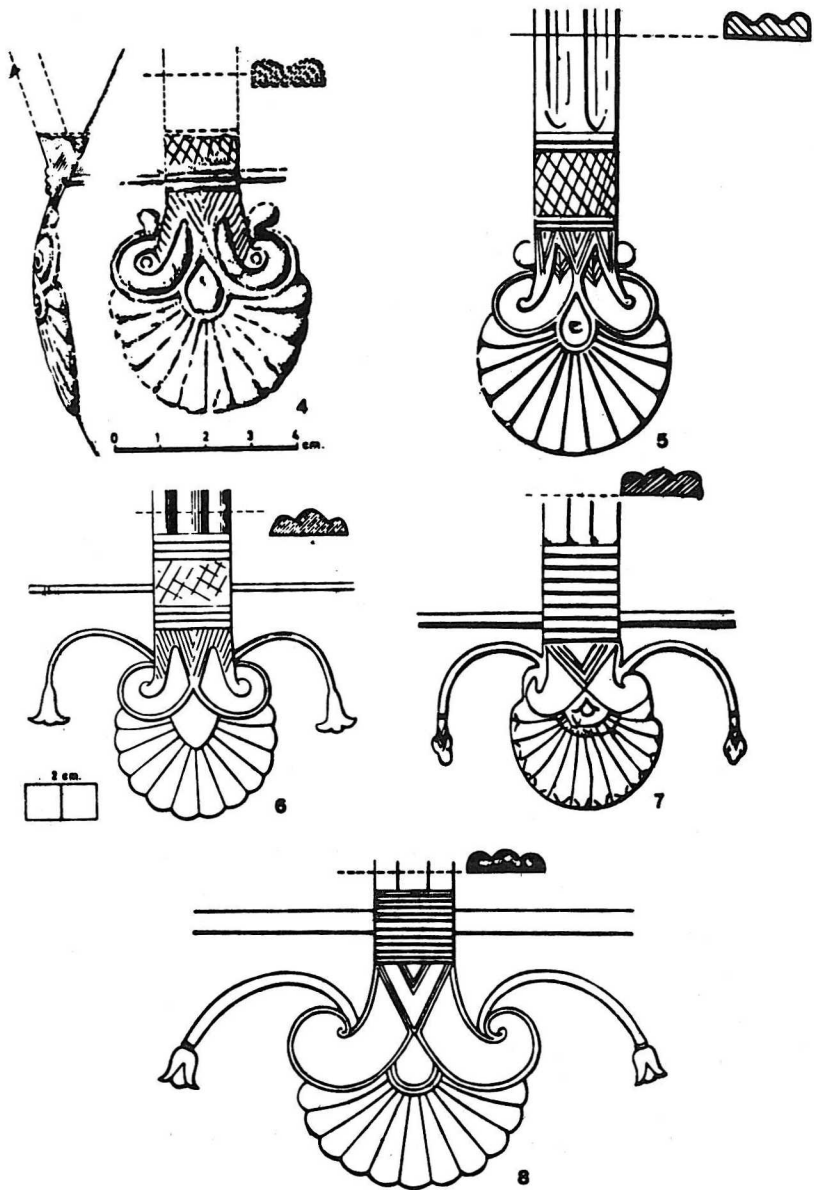


Figura 7: Repertorio de asas y palmetas de jarros españoles: 4, Mérida; 5, Villanueva de Vera; 6, Niebla; en Nueva York; 7, Siruela; 8, Niebla. (Según García y Bellido).

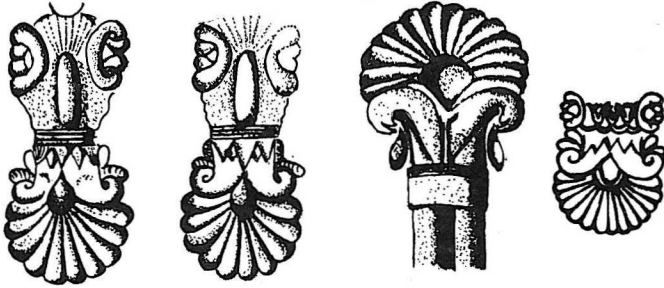
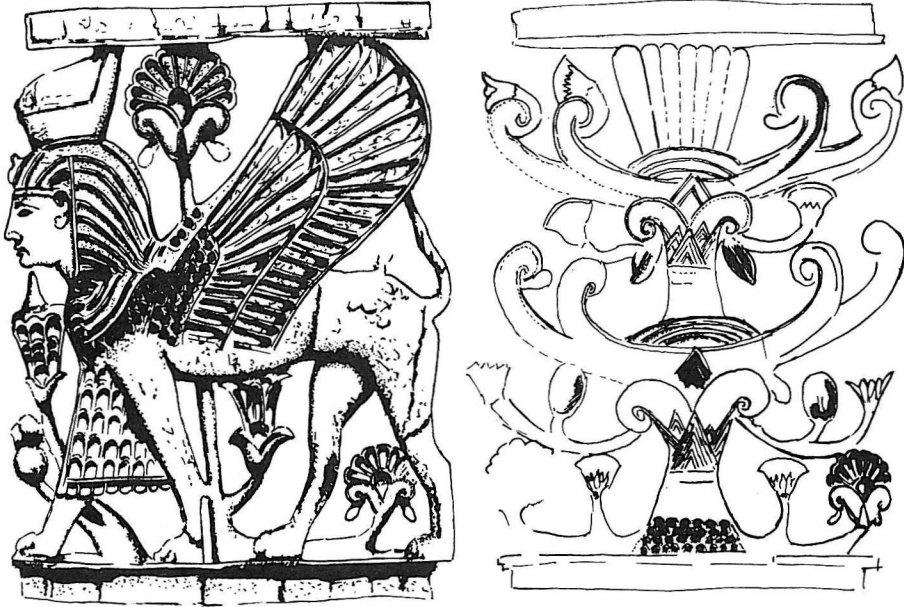


Figura 8: 1, marfil de la tumba 79 de Salamina; 2, placa de marfil de la misma tumba; 3, palmeta de bronce de la tumba 47 de Salamina; 4, palmeta de la misma tumba; 5, palmeta de jarro de Alcalá del Río; 6, palmeta de bronce de la tumba 79. (Según V. Karageorghis).

milar a las de Coca, Alcalá y Torres Vedras, de la forma A, con los apéndices que surgen de las volutas, en lugar de los tallos alargados que acaban en flores de loto. Creemos que los vasos de La Joya y el de Mérida deben ser de la misma fecha, pero de una cronología anterior a las que se les propone, como se puede ver en sus palmetas. En todo esto, quizá tendríamos que ver las huellas de los diferentes talleres -- que los fabricarían, más que los indicios de una evolución formal de diferente cronología.

Otra diferencia notable entre las formas A y B estriba en que las asas de esta última acaban en cabezas de serpientes en su parte superior. El tema de las serpientes en las asas es antiguo, apareciendo por ejemplo en la denominada Jarra de Montet, procedente de las excavaciones de Biblos dirigidas por Pierre Montet en 1921-1922 (60). Se trata de un vaso de 54,5 cm. de altura, provisto de tapadera con asa que remata en cabeza de serpiente. Se fecha hacia el 1990, en la época en que la Dinastía XII egipcia llegó al poder. En el estudio que O. Tufnell y W. A. Ward realizan sobre el vaso especifican que el motivo de la serpiente o serpientes aplicadas al borde o a la propia jarra aparece en Gawra en el nivel VI, en Brak en el nivel III y en el templo F de Nuzi, fechadas en las tres últimas centurias del tercer milenio a. de C. Las serpientes fueron también usadas como decoración en la cerámica neolítica de Biblos. De Biblos también procede otro vaso de barro rojo bruñido, de fondo plano, cuerpo esbelto y cuello alargado recto, poseyendo un asa que se inicia en el cuello en su parte inferior y acaba en el borde, y sobre el asa una serpiente plástica (61). No se ha podido fechar el jarro por hallarse fuera de un contexto arqueológico. Posteriormente, el tema de la serpiente sobre el asa es frecuente en numerosos vasos funerarios griegos del período Geométrico Tardío II, que Coldstream fecha entre el 735 y el 700 a. de C. (62). El motivo que se remonta hasta el neolítico tiene una continuidad, al menos, hasta finales del siglo VIII a. de C. El problema estriba en si fue difundido a la Península a través de Grecia o de la propia Fenicia. Creemos que siendo un motivo conocido en Biblos, pudo perdurar hasta la Edad del Hierro sin necesidad de recurrir a los vasos griegos.

Por último, analicemos la palmeta del jarro de Alcalá del Río. Los problemas de sus orígenes, evolución y adaptación en los diversos talleres locales son difíciles de analizar y no disponemos de suficiente material para solucionarlos.

Las palmetas de los jarros de boca trilobulada obedecen al tipo fenicio-chipriota, y constan de una ova de la --

que parten una serie de pétalos en forma radial; a partir de de la ova, dos volutas de las que nacen dos apéndices o yemas (FIGURAS 3 y 7). El tramo comprendido entre la parte superior de las volutas y la zona rectangular del asa no posee una decoración única, variando en ocasiones. Las palmetas de los jarros de la forma B no varían esencialmente de las anteriores. Sustituyen los apéndices o yemas por tallos terminados, generalmente, en flores de loto; además, en el tramo entre las volutas y parte inferior del asa, no falta nunca la serie de triángulos invertidos, que, a nuestro juicio, constituye su característica esencial. En lo demás, no existen grandes diferencias. Los pétalos continúan esquemáticos, como las palmetas de los jarros de la forma A, y a diferencia de algunos jarros estruscos, de pétalos más orgánicos y complicados. No obstante, y a pesar de las analogías de ambos tipos, las diferencias que hemos señalado constituyen rasgos diferenciadores que deben ser tomados en consideración.

La palmeta del jarro de Alcalá del Río es semejante a otras españolas, como las del jarro de Carmona -procedente de un enterramiento de La Cruz del Negro- (63), jarro de Coca, de catorce pétalos y yemas (64) y la del jarro de Torres Vedras (65). Todos pertenecen a la forma A de Blanco, que serían los más antiguos. El jarro de la tumba 18 de la necrópolis de La Joya -Huelva- ostenta una palmeta semejante, con la particularidad de que la luce en un jarro de boca y asa teriomorfos (66). Iguales elementos presentan también las palmetas de los jarros de Mérida, de boca teriomorfa (67) y las de un vaso anforoide de una tumba de La Joya (68). Es decir, palmetas de un mismo tipo aparecen en jarros de formas y cronologías diferentes.

Este tipo de palmeta está ampliamente representada en Chipre. Por ejemplo, una banda frontal de caballo, terminada en una palmeta, es muy parecida a la del jarro de Alcalá (69). De la necrópolis de Salamina poseemos numerosas muestras, correspondientes a adornos en bocados de caballos, adornos frontales o piezas de distintos usos en metal o plata, similares a nuestras palmetas de los jarros de la forma A, de catorce pétalos, volutas y yemas terminales (70). Estas palmetas se ajustan totalmente a las nuestras, con el mismo lenguaje formal y decorativo. Los enterramientos de Salamina se fechan en el siglo VIII y primera mitad del VII a. de C. Procedente también de Chipre poseemos un fragmento de cuello, asa dividida en dos por un surco y palmeta del mismo carácter que las anteriores y, por tanto, en estrecha relación con las de los jarros españoles (71).

Los marfiles nos han brindado una ocasión excelente para estudiar este motivo floral. Aparece en una placa de --

marfil, procedente de la tumba 79 de Salamina, adornada con una esfinge marchando entre flores (72), (FIGURA 8, 1). Es exactamente igual a la de Alcalá del Río (Ver figura 8, 1 y 5). La pieza se fecha a finales del siglo VIII a. de C.

En el repertorio de marfiles españoles, este tipo está representado, como, por ejemplo, en un peine de marfil -- procedente de Carmona, en donde se representa a una gacela entre palmetas, y que responde a las del tipo A (73).

En el Próximo Oriente, por más que hemos buscado, no aparece ni una sola palmeta de este tipo. Se representan siempre con el triángulo o serie de triángulos invertidos que, creemos, delatan su procedencia. Nos inclinamos, pues, por un origen chipriota para este tipo de palmetas, donde se representaban desde el siglo VIII a. de C.

Las palmetas del tipo B -las que poseen tallos que nacen de las volutas- no se diferencian mucho de las del tipo A, pero las que poseen es necesario destacarlas, pues sus rasgos diferenciadores están documentados abundantemente en Chipre y, especialmente, en el Oriente Próximo. Vamos a considerar como rasgo distintivo la serie de triángulos invertidos que se originan en la parte baja del rectángulo terminal del asa y cuyos vértices van a parar al ángulo de la ova. En nuestra opinión, este rasgo reviste una importancia de primer orden, que debe ser tenido en cuenta a la hora de su estudio. Otro rasgo, más destacado y de menor difusión, es el tema de los tallos que nacen de las volutas y terminan en capullos o flores de loto y, en el caso de la palmeta de Siruela, en cabezas de serpientes.

Las palmetas españolas que responden a este forma son las del vaso de Niebla de Nueva York (74), la del vaso de Niebla en Madrid (75) y la del jarro de Siruela (76). (FIGURA 7).

En Chipre, junto a las palmetas del tipo A -que conocemos-, encontramos otras que se las puede considerar formas híbridas. Por un lado, su esquema general es semejante a la forma A, con la inclusión de las yemas en los roleos de las volutas; por otro, adicionan el triángulo, que le confiere un carácter especial. Palmetas con triángulo aparecen en un bocado de caballo (77), en una diadema de plata decorada con rosetas, palmetas de cuenco y abiertas que poseen el triángulo y sendos apéndices (78) y en los remates de las asas de una cratera de piedra (79). En una placa de marfil, procedente de la tumba 79 de Salamina, se representa un Árbol de la Vida, compuesto de palmetas de cuencos, abiertas y flores de loto y palmetas en ocasiones, que nacen de las volutas, (80) (FIGURA 8,2), perteneciente a otro adorno del mismo sillón -- que el de la figura 8,1. Nos interesa esta representación --

por dos aspectos: primero porque se trata de uno de los pocos ejemplos conocidos en donde nacen tallos alargados y acabados en flores de lotos de las volutas; en segundo lugar, por la fecha de la placa, de finales del siglo VIII a. de C. De todas maneras, no creemos que esta placa haya sido hecha por artífices chipriotas, sino en Próximo Oriente, quizás en talleres fenicios y con un marcado acento egiptizante.

En el Próximo Oriente, son frecuentes las representaciones de este tipo, reiterativamente en los marfiles, donde probablemente debamos comenzar su estudio por la prolijidad con que aparecen y su falta en objetos metálicos. El tema es antiguo y está frecuentemente representado, pero sin grandes cambios, de aquí que sea tarea ardua a veces decidir su fecha. La idea debió surgir probablemente por influencia egipcia, como se ve en una serie de marfiles aparecidos en un templete de Tell Ed Duweir, de fines período hicsco (81). En uno de ellos vemos una serie de flores de loto superpuestas (82), motivo que, según Barnett, cambiaron los fenicios por palmetas transfiriéndolas al remate de las asas (83). En estas flores aparece ya el triángulo y las yemas laterales, que se mantendrán en casi todas las representaciones de palmetas del Próximo Oriente. Otra placa, procedente del mismo lugar, muestra la palmera datilera con las volutas que descansan sobre una base triangular (84). Estos marfiles se fechán a mediados del II milenio a. de C. No hace falta remontarnos más atrás, pues la fecha es suficiente para partir de ella. A partir de aquí, la palmeta con triángulos, a modo de firma, se repite con insistencia. Los marfiles de Megiddo, de finales del II milenio a. de C., nos ofrecen un repertorio variado de palmetas en las que nunca falta el triángulo o serie de triángulos; también poseen las yemas en las volutas, (85). El motivo, según se ve, se gesta y desarrolla desarrolla en la segunda mitad del II milenio.

En el siglo IX a. de C., las representaciones son copiosas. En Arslan Tasch, de la segunda mitad de este siglo, las palmetas existentes en los marfiles muestran el tipo que, con poca o ninguna variación decoran objetos de los siglos VIII y VII a. de C. Muestran la forma semicircular, con los conocidos triángulos y apéndices (86), (FIGURA 11); en otras, se ve por vez primera palmetas similares a las anteriores, con la particularidad de que bajo sus volutas nacen tallos muy alargados, acabados en palmetas (87). Otra placa muestra una serie de palmetas estilizadas y de cuencos en las que de las volutas nacen tallos acabados en palmetas. Constituye, a nuestro parecer, un ejemplo claro (88).

Samaria, por su parte, ofrece un repertorio abundante y de interés. En la figura 9 del estudio de J.W. y G.M. CROW

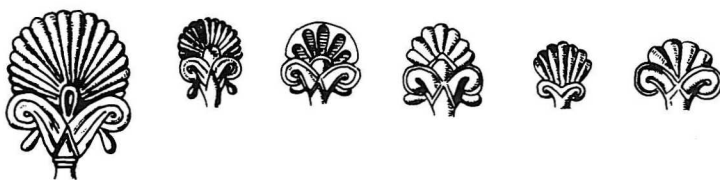


Figura 9: Palmetas de los marfiles de Samaria (Según J.W. y G.M. Crowfoot).



Figura 10: Palmetas superpuestas de un marfil de Samaria (Según J.W. y G.W. Crowfoot).



Figura 11: Marfiles de Arslan Tash. (Según Decamp de Mertzenfeld).

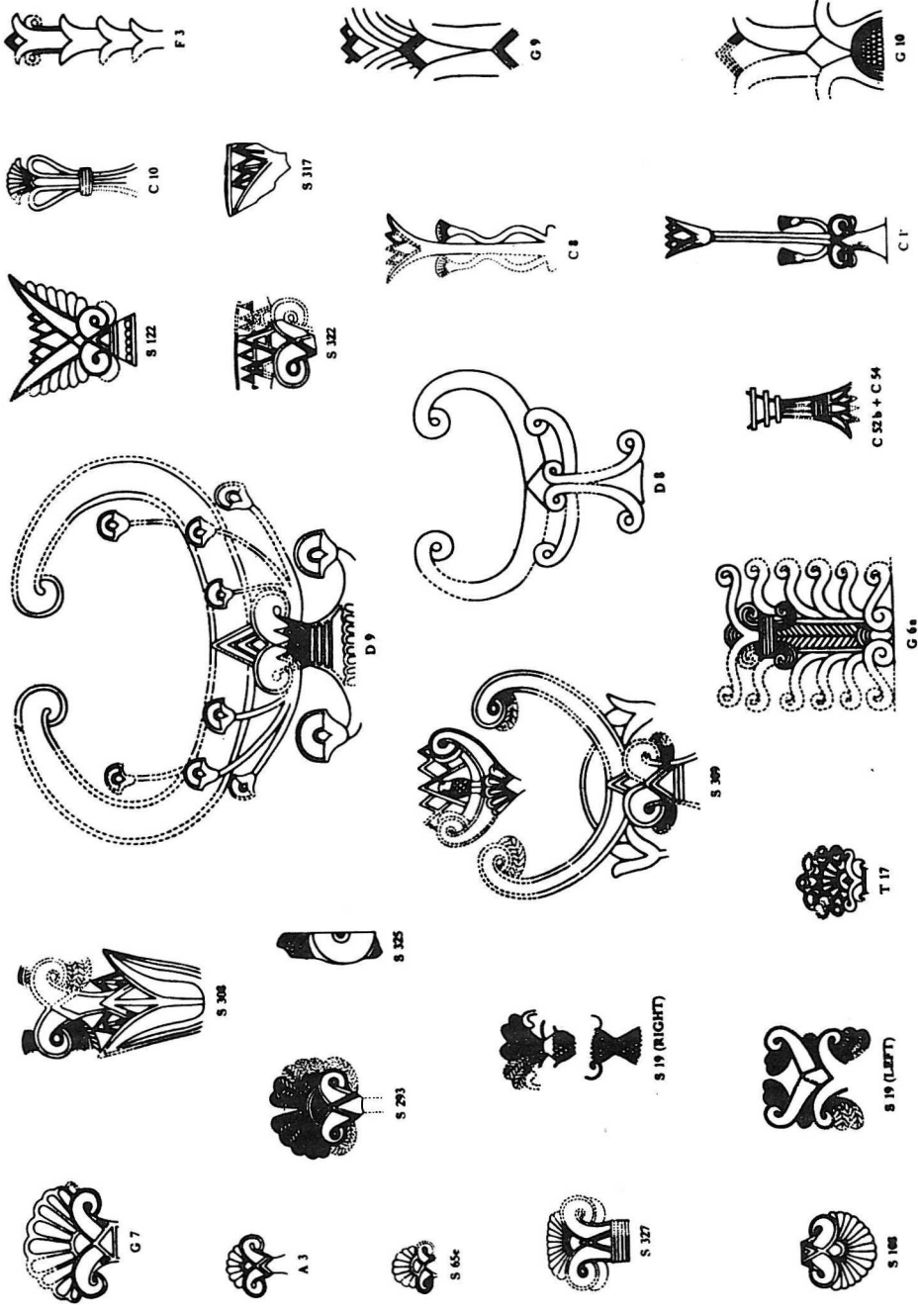


Figura 12: Repertorio de palmetas de Nimrud. (Según Barnett)

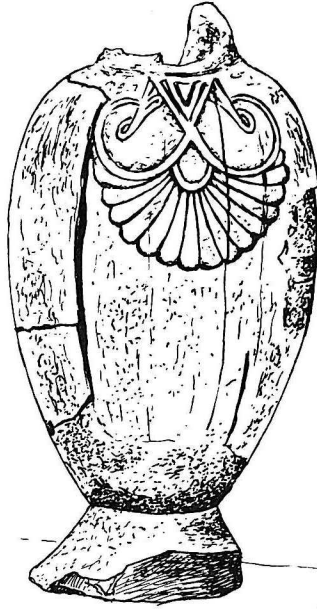


Figura 13: Vasito de marfil de Nimrud.(Según Barnett)

ROOT sobre los marfiles (89), se recogen distintos tipos de palmetas que los decoran (FIGURA 9). Casi todos ellos muestran el triángulo y las yemas laterales. Junto a éstas, otras muy significativas para la explicación de las palmetas hispanas de los jarros B. Se trata de dos placas de marfil, una de ellas con una palmeta de dos antenas surgiendo de las yemas (90), la otra presenta un Árbol de la Vida a base de palmetas superpuestas, semejantes a las hispanas del tipo B, -- con su triángulo y apéndices característicos y tallos que, -- alternativamente, acaban en flores de lotos abiertas y cerradas, pero no nacen de las volutas, como las hispanas, sino del tronco que las sostiene (91), (FIGURA 10). Esto puede deberse quizás al espacio decorativo que ofrecía esta oportunidad, mientras que, en los jarros de bronce, el baquetón no lo permite. Estas placas se fechan en los siglos IX-VIII a. de C.

Khorsabad -Dur-Sharrukin-, y procedente de la cámara 13 del templo de Nabu, de época de Sargón (722-705), ha proporcionado un numeroso material ebúrneo, entre el que la palmeta aparece como motivo frecuente, que en nada se apartan de las mencionadas (92).

De Nimrud -palacio asirio de Calah- proceden dos lotes de marfiles: uno del palacio del Noroeste, grupo de Lacyard, que se fecha en la primera mitad del siglo VIII a. de C.; otro grupo procede del palacio del Sudoeste, grupo Loftus, remontándose a la primera mitad del siglo IX a. de C. (93). Todos muestran la palmeta que, con insistencia, hemos venido describiendo, con su característico y acentuado triángulo invertido; muchas poseen incluso el rectángulo, que se observa en la extremidad inferior de los vasos, relleno de líneas paralelas incisas (94), (FIGURA 12). De Nimrud procede también un vasito de marfil, de 10 cm. de altura, compuesto de un pie cónico y cuerpo alargado ovoide; el vasito ostenta en su cuerpo una palmeta voluminosa del tipo de las descritas, de catorce pétalos, ova, volutas y serie de triángulos invertidos (95), (FIGURA 13). Procede del palacio del Sudeste, por tanto del grupo Loftus, y su fecha debe corresponder hacia finales del IX a. de C. En nuestra opinión, esta palmeta está más cerca de las de la forma B, y concretamente de la del vaso de Niebla en Madrid, que las de la forma A. Otra pieza de Nimrud muestran unos tallos largos, terminados en flores de loto, que se originan en las volutas (96). Constituye un magnífico testimonio de su existencia en una fecha anterior a las nuestras del tipo B.

Los marfiles españoles, estudiados magistralmente por Blanco (97), son piezas fabricadas en talleres locales que trabajaban según la moda y gusto fenicios. Ha deducido tam-

bién el origen fenicio de estos marfiles, en los que Cartago jugó un papel insignificante, como ocurre también con la producción de los jarros de bronce (98). Los marfiles se fechan a partir del 700 a. de C., que abarcan una cronología hasta el 450 a. de C. En su repertorio floral tenemos representaciones de palmetas que responden al tipo de las del Próximo Oriente, en las que no falta el triángulo que insistentemente observamos (99).

Palmetas semejantes decoran los pendientes de La Aliseda (100), junto a otras más barrocas y orgánicas relacionadas con las palmetas de los jarros etruscos (101) y las que decoran un cuenco de bronce de estilo egipcizante procedente de la tumba Bernardini de Praeneste, de fines del siglo VII a. de C. (102), en el que aparecen parejas de personajes entre flores de lotos que significan los pétalos de una palmeta.

RECAPITULACION

El análisis del jarro de Alcalá del Río nos ha proporcionado la ocasión de reconsiderar algunos aspectos que siempre habían despertado nuestra curiosidad. Ahora, a propósito de este jarro, preferimos iniciar su estudio desde el principio, objetivamente, sin el amparo de las conclusiones a que otros, mucho antes que nosotros, habían llegado (103). Pero el empeño ha resultado difícil, y nuestra pretensión de obtener resultados más concretos, no se ha logrado en gran parte. Se ha conseguido sólo plantear un buen número de problemas - que, actualmente, con el escaso material de que disponemos - no se pueden resolver. Intentaremos exponerlos en la medida de nuestras posibilidades.

Parece evidente el uso funerario de estos jarros, como se comprueba por su presencia en las tumbas etruscas (104), en el norte de Africa (105) donde no son frecuentes en bronce, pero sí en barro con la misma forma, y en España (106) que cuenta ya con un repertorio bastante nutrido. Además, aparecen en tumbas de indígenas orientalizadas. Esta costumbre pudo llegar por influencia de los colonos semitas, que los utilizaban en barro. En este sentido es elocuente el ajuar de algunas tumbas de la necrópolis Laurita, en especial la 12 y 13 (107), compuesto de un jarro oinocóe de boca trilobulada y otro de boca de seta, en cerámica, junto a un plato y una urna cineraria. Nos referimos a esta necrópolis por su carácter semita y su fecha temprana, en la primera mitad del siglo VII a. de C. La costumbre, que debió relacionarse con algún ritual determinado, fue acogida rápidamente en los enterramientos indígenas.

Hasta el momento distinguimos tres tipos -nos referimos sólo a los de sección piriforme-, que Blanco ha clasificado en tres grupos y que corresponden a distintas cronologías (108). El grupo A - el más antiguo- está representado por el jarro de vidrio de La Aliseda y los de bronce de Coca, de la Caña de Ruíz Sánchez, el de Torres Vedras y el de Alcalá del Rio. La forma está atestiguada en Oriente, en dos jarros de cuarcita de la tumba de la reina Khensa, enterrada bajo el reinado de Taharqa (690-664 a. de C.) y en Chipre. De los primeros llama la atención la presencia de un baquetón que divide cuello y cuerpo, cuya explicación es la de copiar uno metálico, pues no vemos la necesidad de incluir este aro en una obra de piedra. De todos modos la forma se debió gestar en Siria, pasando de aquí a las colonias fenicias mediterráneas y occidentales. El grupo B posee diferencias esenciales, como la sustitución de la boca trilobulada por la de un disco plano, su mayor altura y la palmeta que remata su asa, que posee dos tallos alargados que nacen de sus volutas. En realidad, este jarro no tiene precedentes orientales, y todo induce a pensar en una creación hispana (109). Ahora bien, lo más extraño es que todos sus elementos existían en otros objetos más antiguos. Por ejemplo, el disco plano de la boca es frecuente y contemporáneo a la trilobulada, como lo demuestra el ejemplo citado de la necrópolis Laúrita (110) o en el enterramiento de Trayamar (Málaga) (111), en donde coexisten, o en la necrópolis de Salamina -de la tumba 47-, que aparecen juntos (112). Todos están fabricados en barro. Pero, procedente de Chipre tenemos un jarrito de plata de la misma forma (113). Recientemente, de la necrópolis de La Joya -de la tumba 11- tenemos un jarro piriforme, con pié y boca acampanada, con una hilera de pétalos caídos bajo ella (114) que, en nuestra opinión, está muy cerca de los jarros del tipo B. Esta decoración de pétalos caídos tiene numerosos paralelos en Chipre, donde por ejemplo, aparece en un quemador de incienso de marfil, imitando otro de bronce, procedente de la tumba 79 fechada a finales del siglo --VIII a. de C.

Otro elemento que debemos analizar es el asa. En la forma A aparecen dos medias cañas que terminan en una placa rectangular de la que parte la palmeta. La forma B presenta un asa más desarrollada, de tres medias cañas y placas más decoradas. García y Bellido, a propósito de la comparación entre las asas etruscas e hispanas, ve en éstas un mayor desarrollo que lo juzga signo de modernidad (115). No vemos razón para ello, pues los jarros etruscos muestran más diferencias con los nuestros, que no deben ser consideradas signos de antigüedad, sino de procedencia de distintos talleres. En relación con las asas del tipo B, recordamos las de

alastro de las tumbas 3 y 10 de la necrópolis Laurita (116), que presentan tres y cinco medias cañas respectivamente, y la primera posee una placa rectangular rellena de líneas incisas, como en los jarros de Siruela o de Niebla, que proporcionaría una fecha alta para este tipo de asa. Sin embargo, en la confrontación que anteriormente hicimos de las palmetas y placas de los jarros de Villanueva de Vera y Niebla --de Nueva York--, pudimos observar analogías. Ambas tienen --tres medias cañas en el asa; la plaquita está decorada de --idéntica forma, con líneas incisas en las extremidades que --enmarcan un reticulado. Esta decoración aparece también en --el asa del jarro de Mérida, pero de dos medias cañas. Otro --rasgo común de estos jarros reside en la terminación del asa en su parte superior, en cabezas de serpiente el de Niebla --y Villanueva y en palmeta de cuenco el de Mérida, es decir, una terminación figurada. Las palmetas son exactamente iguales formalmente, decoradas con especies de triángulos, cuyo vértice se origina en la propia ova y decorados con líneas --inclinadas. Pero existe una diferencia, pues en los jarros --de Villanueva de Vera y Mérida nacen dos yemas de las volutas, mientras en el jarro de Niebla de las volutas se originan dos tallos decorados con flores de lotos en sus extremos. Otra particularidad es que ninguno de los tres jarros es semejante en forma. Es decir, los tres tienen evidentes analogías en lo que respecta a sus elementos decorativos que no --se deben separar, pero a la par formalmente distintos. Nos --inclinamos a ver en todo esto el distintivo de un taller, y concretamente fenicio. La fecha para estos jarros nos la podría proporcionar el de Villanueva de Vera, cuyo prototipo --puede ser un vaso de Sidón, publicado por Dunand (117) y estudiado con mayor detalle por Culican (118). Junto a él se --halló otro sin asa con la cartela de Amasis, penúltimo faraón de la dinastía XXVI, que reinó entre 570 y 526 a. de C., de donde se desprende que el jarro de Villanueva de Vera es algo más reciente. El problema se presenta cuando necesariamente conectamos estos jarros con los de Siruela y Niebla, que muestran una plaquita rellena de líneas incisas paralelas y palmetas que se documentan en fecha muy temprana. Nos decidimos por ahora a formar un grupo con los jarros de Villanueva, Niebla y Mérida, que poseen rasgos comunes, pero sin precisarles una fecha.

Creemos que, si bien las formas constituyen elementos imprescindibles para el estudio de los jarros, existen una serie de motivos decorativos que merecen ser analizados detenidamente y pueden proporcionarnos datos precisos, al menos para la localización de su origen. Uno de los motivos que debe ser estudiado es el de la palmeta que, por dificultoso, se ha relagado a veces a un evidente descuido. Por nuestra --

parte, nos hemos detenido en ella con algunos ejemplos, especialmente de marfiles, a falta de palmetas metálicas, con la seguridad de que aún queda mucho por analizar, pero que de su estudio se puede obtener alguna conclusión. Primeramente, en el rastreo de sus numerosas representaciones en el Próximo Oriente hemos advertido que todas poseen una serie de puntos comunes que se repiten continuamente, como la serie de triángulos o triángulo que, partiendo de la placa del asa, apoya su vértice en la ova de la que nacen los pétalos, tan repetido en todos los marfiles de Nimrud, Samaria, Arslan Tash, etc. que sin duda es ahí donde debemos colocar su origen. Este es el motivo que repiten las palmetas de los jarros de Siruela y Niebla -Madrid-. La palmeta de esta especie aparece perfectamente conformada en el siglo IX a. de C., en realidad, antes que las que lucen los jarros de la forma A. Ahora bien, esta palmeta no tiene representación en el Próximo Oriente, pero sí en Chipre, a finales del siglo VIII y comienzos del VII a. de C., particularmente en Salamina. También se ha visto que los tallos que nacen de las volutas se documentan en marfiles del siglo VIII o antes. Es decir, los elementos que pueden considerarse como valor cronológico, no lo son para nuestro punto de vista, pues todos están documentados contemporáneamente, tanto los de la forma A como los de la forma B, e incluso un poco anteriores los de la B. Sucede que el problema debiera estudiarse desde otra perspectiva, la del estudio de los diversos talleres que con probabilidad provenían de diversos lugares de orígenes. En este sentido observamos dos grandes corrientes, una procedente de Chipre, representada por los jarros de Coca, Torres Vedras y Alcalá del Río, y otra de Siria -jarros de Niebla, Villanueva y probablemente Mérida-, que quizás trabajase con posterioridad y en competencia, pero incluyendo en su repertorio los esquemas conocidos que plasmó en las decoraciones de estos jarros de bronce. En cierto modo, hemos de ver aquí el carácter diverso de la colonización, en la que se rastrean objetos afines junto a otros genuinos. No es ocasión de discutir el problema, pero señalemos que así parecen indicar los fragmentos cerámicos.

A propósito de las palmetas, queremos replicar a García y Bellido (119) que confiere a las etruscas una mayor antigüedad que a las hispanas, en razón de que las de Caere y Praeneste son más orgánicas y barrocas, y las hispánicas más geométricas, natural resultado de una evolución. Diferimos de este punto de vista, pues la palmeta geométrica se documenta con anterioridad a la etrusca, como se ve por los marfiles. Podríamos ver aquí el resultado de otro taller que trabajaba con esquemas egipcizantes (120), como señala el cuenco de Praeneste.

En resumen;

- Los vasos de la forma A están documentados en -- Oriente en la tumba de la reina Khensa, entre 690-664 a. - de C., anteriores al jarro de vidrio de La Aliseda, de co-- mienzos del siglo VII a. de C., que sería el más antiguo de la serie de los jarros hispanos. A partir de aquí deberíam-- os colocar el resto.

- Los jarros de la forma B no poseen, hasta el mo-- mento, precedentes cercanos extrapeninsulares. No obstante, los distintos elementos de que se componen se documentan -- desde una fecha tan antigua como los de la forma A:

A) Las bocas a base de un disco plano las ostentan los onicoes bocas de setas, contemporáneos de los de bocas trilobuladas.

B) Las asas acabadas en cabezas de serpientes apa-- recen en Biblos desde el neolítico, perdurando posiblemente hasta la Edad del Hierro. En Grecia, decoran muchos de las ánforas funerarias del Geométrico Tardío, entre el 735 y 700 a. de C.

C) Las palmetas de los jarros de la forma A están - documentadas perfectamente en Chipre en el siglo VIII a. de C., en la tumba 79 de la necrópolis de Salamina. De la mis-- ma tumba, y perteneciendo a otra placa de marfil que decora ba un mismo sillón, poseemos otra que está muy cerca de las palmetas de los jarros del tipo B, con tallos de antenas. - El triángulo, o serie de ellos, entre las volutas de las -- palmetas del tipo B, es señal inequívoca de las palmetas del Próximo Oriente, como anteriormente hemos analizado. Por -- tanto, ambos tipos son contemporáneos, con la particulari-- dad de que las del tipo B poseen rasgos distintivos de las del Próximo Oriente, mientras que las de los jarros del ti-- po A sólo las conocemos en representaciones chipriotas.

D) Lo mismo podemos decir de las asas de dos y de - tres medias cañas que, en atención a la del jarro de alabas-- tro de la tumba 10 de la necrópolis Laurita, tiene esta últi-- ma una antigüedad al menos del primer cuarto del siglo VII a. de C. E idéntica conclusión nos depara el estudio de los triángulos que rematan la zona baja del asa, si tenemos en cuenta también el asa de alabastro de la tumba 10 menciona-- da.

- De esto se deduce que los jarros de la forma B no obedecen a una forma evolucionada de la A, pues no puede ha

ber evolución cuando todos los elementos son diferentes. Se trataría más bien de la creación de un taller hispano, que probablemente trabajaría bajo estímulos fenicios y no chipriotas. Aquí podría tener explicación el uso de los diferentes elementos de los jarros de la forma B, que se documentan en fecha tan antigua como los de la forma A.

- Opinamos también con CULICAN (121) que no hay razones suficientes para asignar una fecha más tardía a los jarros de bocas teriomorfas, tratándose más bien de diferencias de taller.

Comprendemos que el material es escaso y no se puede obtener de él conclusiones absolutas. Pero el análisis de los diversos elementos decorativos parece confirmar lo que el estudio de las cerámicas sugiere: el carácter diverso de la colonización. Por lo que respecta a la producción de jarros de bronce, se detecta la presencia de dos talleres distintos, probablemente bajo estímulo levantino el uno y chipriota el otro. La diferencia cronológica que haya entre ellos no se puede deducir con el material escaso y en su mayor parte no obtenido mediante excavaciones rigurosas. De todas formas, hemos analizado cómo los elementos son contemporáneos.

UN BROCHE DE CINTURON TARTESICO DE GARFIOS, DE CORIA DEL RIO (SEVILLA). (FIGURAS 14 y 15)

De una colección particular de Coria del Río procede una pieza de bronce, correspondiente a la placa hembra de un broche de cinturón de tres garfios. Actualmente se conserva en el Museo Arqueológico de Sevilla. El hallazgo tuvo lugar en 1969, sin que sepamos con certeza el lugar, ni siquiera si procede de algún enterramiento. Lo único cierto es que fue hallado en los alrededores de Coria del Río, situada en la zona de bajas colinas del Aljarafe, a orillas del Guadalquivir, en su margen derecha, y a pocos kilómetros de El Carambolo (FIGURA 2). En la misma Coria, y concretamente en el cerro de San Juan, se localiza un asentamiento que ha proporcionado, en numerosos sondeos para cimentaciones de edificios, lotes numerosos de cerámicas púnica e ibérica, que en su mayor parte hemos podido ver y recoger ocasionalmente (122). Su topografía es adecuada para un establecimiento fenicio o púnico, por su posición en alto, junto a la arteria navegable del Guadalquivir y cercana a varios poblados indígenas, como Puebla del Río -con una estru-

tigrafía de 18 metros de potencia- (123), El Carambolo (124) que ha proporcionado niveles potentes del Bronce final y colonizaciones, Cerro de la Cabeza (125), Cerro Macareno (126) y otros muchos repartidos por el Aljarafe y en la margen de recha del Guadalquivir. Coria del Río puede ser, por tanto, uno de los yacimientos que han de calificarse de tartésicos y en donde no ha de extrañar este tipo de hallazgo.

La pieza que estudiamos corresponde, como se ha dicho, a la placa hembra de un broche de cinturón, a la que falta la placa macho, posiblemente de iguales dimensiones y tres garfios que engacharían en los orificios de aquella. La placa consta de una serie de piezas independientes, que hemos dibujado e interpretado y que, a continuación, vamos a explicar (FIGURA 16). Primeramente hemos de distinguir las -- piezas "a"- "b", que forman propiamente un elemento, una segunda pieza "c", perforada mediante series de orificios para el enganche de los garfios de la placa macho, unida mediante tres remaches a la pieza "a"- "b", y por último tres garfios que encajan en esta pieza por medio de pivotes que sobresalen en su dorso.

La pieza "a" consta de una chapa delgada de bronce, de 75 mm. en su lado más largo y 55 mm. en el más corto. Posteriormente, una vez que se repujaron los motivos decorativos en la placa "a", se doblaron sus lados más largos para encajar en los de la pieza "b". Esta última es una placa de unos 81 ó 82 mm. por 34 mm., con sus extremos menores arrollados hacia arriba, de modo que atrapen la pieza "a" en estos mismos lados. Y de esta manera tan simple se formó este elemento. Ambas piezas poseen tres orificios, casi en la extremidad de los garfios, para el enganche de la placa macho. Estos y los de la placa "c" se ejecutaron mediante la presión de una pieza cilíndrica de punta roma, como se deduce por el propio orificio y las rebabas que quedan en su alrededor, que no cuidaron de limar. Después, a las piezas "a"- "b" se adhirió una placa rectangular -de 73 mm. por 48 mm.-, mediante tres remaches en los lados largos, que servía de ampliación para el enganche de los garfios de la placa macho en caso necesario, y en ella se perforaron dos series de -- tres orificios. Finalmente, se procedió a la colocación de los tres garfios mediante pivotes en sus reversos, que encajan en los orificios practicados en las placas "a"- "b" y en el doblez de la placa "a", y remachados. Estos garfios servirían para el enganche del cuero del cinturón.

De todas estas piezas, sólo la placa "a" y los tres garfios en sus anversos ostentan una decoración muy simple

en toda su superficie. Sobre la placa "a" se repujaron hileras de rosetas de cinco pétalos, más raramente de seis, enmarcadas por puntos. En los garfios, con un buril se grabaron rectángulos, rellenos de una línea quebrada, indecisa, y también grabada; los espacios que quedaron fuera de este rectángulo poseen el mismo motivo.

Sentimos dar a conocer esta placa sin su contexto -- arqueológico, lo que hubiera resultado de más interés, especialmente en estos momentos en que las investigaciones nos están proporcionando la realidad material de estos siglos en los que floreció la cultura de Tartesos. Pero creemos que merece la pena su publicación, para añadir una más el catálogo iniciado por E. Cuadrado y M^a. A^a. de Ascençao (127), que han recogido gran parte de estas hebillas de cinturón.

Hasta el momento, la mayor parte procede de enterramientos, formando parte de sus ajuares y, por lo general, en sepulturas que han proporcionado un material rico orientalizante (128). Este horizonte cultural corresponde a la cultura tartésica, según Blázquez ha podido deducir del estudio de numerosas piezas de los siglos VII-VI a. de C. -- (129). Recientemente, en las excavaciones de la necrópolis de La Joya en Huelva, la tumba 9 ha proporcionado un broche de cinturón de garfios completo, junto a un material diverso que nos ilustra el contexto arqueológico en que aparecen. Junto al broche, se recogió un escudo, piezas de bronce, un escarabeo con inscripción jeroglífica, cuentas de collar de oro y ámbar, cuchillo de hierro de hoja curva, placas de marfil, vasos de alabastro, platos de barniz rojo, ánforas ovoides púnicas, cerámicas con diseños bruñidos y otras más toscas a mano (130). El ajuar nos relata con precisión este mundo exótico de los siglos VII-VI a. de C., mezcla de elementos indígenas y semitas, que imprime carácter a la cultura de Tartesos. Panorama similar muestran los enterramientos de El Acebuchal y de La Cruz del Negro en Carmona (131), setefilla (Lora del Río) (132) o Alcarçer do Sal en Portugal (133), que contienen broches de cinturón en el repertorio de sus ajuares funerarios.

En el estudio de E. Cuadrado y M^a. A^a. de Ascençao (134) se distinguen cinco grupos, en un intento de clasificación tipológica y cronológica, que comprenden gran parte de los broches de cinturón conocidos. En el primer grupo se encuadran los más simples, que consisten en una placa rectangular en la que se recortan dos ganchos en la misma chapa y en su eje. Se fechan en el siglo VII a. de C. El grupo segundo se origina probablemente del anterior, al que se --

añade simplemente un refuerzo en el gancho a base de un listoncillo metálico sujeto con remaches. Cronológicamente corresponden a finales del siglo VII a. de C. Un grupo posterior perfecciona el broche creado mediante la adición de refuerzos en los bordes laterales por medio de listones de sección rectangular. Estos broches y las variantes "a" y "b" del grupo cuarto ocupan el siglo VI a. de C. El grupo cuarto da paso a una composición más compleja formal y estéticamente. En él se encuadra el broche de Coria del Río. Por último, se distingue un grupo quinto, con la novedad de que los listones de la pieza macho, antes de única pieza, se bifurcan o trifurcan al terminar los ganchos de cierre. Como vemos, se procede según la evolución formal de las piezas, que parece corroborarse por el contexto arqueológico que las acompañaba.

El broche de Coria, según esta clasificación, a la que necesariamente nos hemos de acoger a falta de un contexto arqueológico que la fechase, pertenece al grupo cuarto, y concretamente a su variante "c". Este subgrupo posee todas las características formales del grupo, con la diferencia de que la placa adornada no es la ampliación -placa "c" de nuestro broche-, sino las placas "a" macho y hembra. La ornamentación se realiza en estos broches mediante el repujado, a base de rosetas y puntos. Cronológicamente comprenden las postrimerias del siglo VI a. de C. y el siglo V a. de C.

El origen de estos broches ofrece ciertas dificultades. Maluquer de Motes (135) y Blázquez (136), que las han estudiado, coinciden en que son distintas de las célticas de la Península -hebillas de placas subtriangulares procedentes, a su vez, de las triangulares de un garfio de la cultura de Hallstatt- y piensan en un origen probablemente mediterráneo, pero fabricadas en algunos de los talleres locales que florecieron en el bajo Guadalquivir en época tartésica. Blázquez, afinando más, ha visto la semejanza de estos broches con el sistema de garfios y plaquitas de los etruscos del período orientalizante; no obstante, no llega a ver en esas piezas el origen de los bronceos hispanos. Por nuestra parte, no hemos hallado motivos para asignarles un origen diferente al propuesto. Añadamos sólo que, en el contexto de los broches españoles, el de Coria del Río es similar a los del Acebuchal, Setefilla, Necrópolis de Carmona, Cruz del Negro y Alcaçer do Sal. (137).

La decoración que presenta -rosetas de cinco pétalos enmarcadas por puntos y líneas en zig zag- es simple y está atestiguada en otros broches hispanos, con la única excep-

ción de que las rosetas suelen ser de ocho pétalos. Con el mismo esquema e idéntica técnica de repujado tenemos dos -- placas procedentes del Acebuchal (138). La roseta es harto conocida en el repertorio decorativo de los trabajos púnicos o tartésicos. Más problemas ha suscitado la decoración de líneas en zig zag sobre los anversos de los garfios, que ostentan -aparte de la nuestra- una placa de cinturón de la Cruz del Negro (139) y otra del Acebuchal (140), decoradas con triángulos rellenos de líneas paralelas trazadas en zig zag, y una tercera de la necrópolis de Carmona (141). La cuestión sobre el origen de esta decoración ha planteado numerosas interrogantes.

El motivo está amplia y frecuentemente representado en contextos célticos, como en un broche de cinturón de placa romboidal y de un solo garfio, de la tumba 184 de la necrópolis hallstática de Agullana (142), con su superficie decorada a base de un festoneado en zig zag. Mencionemos el hecho de que apareció en una tumba junto a cuatro anforillas, dos de ellas de cuellos cilíndricos, baquetón en su mitad, cuerpo ovoide y asas que nacen del baquetón, que están documentadas en Rachogoun (143) y Mogador (144) y fechadas entre los siglos VIII y VII a. de C. La fíbula de Agullana es característica de los campos de urnas de casi toda la Península y del sur de Francia y está fechada por Palol en la segunda mitad del siglo VI a. de C., anterior o contemporánea de los broches tartésicos del grupo cuarto de Cuadrado que ostentan este mismo motivo. Su arraigo en el mundo céltico hispano es manifiesto, como lo demuestran una placa de Alcaçer do Sal (145), la vaina de un puñal de Las Cogotas (146), algunas piezas de Miraveche (147) y varias vainas de la necrópolis de Chamartín de la Sierra (148).

La procedencia de estas decoraciones en zig zag parece aclarado por estas muestras, que nos conducen a un contexto cultural hallstático. No obstante, al menos para la decoración del broche de Coria del Río, señalamos otra corriente diferente, orientalizante. La misma decoración la observamos en piezas de indudable carácter púnico, como en una placa de hueso, probablemente una paleta de afeites, en la que se representa un ibex de largos cuernos, con una cenefa en la parte inferior a base de líneas en zig zag, procedente de El Acebuchal (FIGURA 17, 1) (149). Precisamente esta necrópolis ha proporcionado broches de cinturón. La cronología de Blanco, para este grupo -el más antiguo-, oscila entre el 700 y el 560 a. de C. (150), en una época anterior al broche de Coria del Río. La necrópolis de la Cruz del Negro, que ha proporcionado otro lote de marfiles, fe-

chados entre el 600 y 450 a. de C. (151), ha proporcionado un marfil grabado por ambas caras, en donde se ven un león en reposo, enmarcado por líneas en zig zag, y por el otro lado una gacela, delimitada por el mismo diseño (152); lo mismo observamos en dos peines grabados de la misma necrópolis (153) y en diversos fragmentos de marfil, en los que no falta el enmarque de las líneas en zig zag (154). En otro marfil, procedente de Samos y en estrecha unión con algunos nuestros, idénticas líneas decoran sus bordes (156) (FIGURA 17,2). Los marfiles de Samos se han encontrado en un depósito fechado entre los años 640-630 a. de C. De Samos también, y por estas mismas fechas, las líneas en zig zag decoran la corona que ostenta una estatuilla en bronce femenina, de estilo egíptizante (156), e igualmente vemos en otra figurilla de bronce, con la corona decorada con líneas en zig zag (157). El motivo tiene una larga tradición en los trabajos de marfil del Próximo Oriente. de Tell Ed Duweir procede una pieza de marfil, de forma ovalada, festoneada con motivos en zig zag, fechada a fines del período hicsu en el segundo milenio a. de C. (158). La misma decoración encontramos en la base de una serie de cabezas de gansos, procedentes de Megiddo, de fines del II milenio a. de C. (159), y en numerosas piezas más (160) que no vienen al caso reseñar. Del siglo IX a. de C., y procedente de Arslan Tash, tenemos la representación de una esfinge, cuya melena está construída a base de zig zag (161) (FIGURA 11). El motivo a veces se graba con buril, según muestran los marfiles hispanos y los de Samos, y otras se tallan. De todas maneras, la cenefa o festón decorado con líneas en zig zag es un motivo también oriental. Nos inclinamos a pensar que, al menos, la decoración de este broche de cinturón es orientalizante, sin la interferencia de elementos hallstátticos o centroeuropeos.

De todos modos, se ha visto con razón cierto matiz céltico presente en muchas obras calificadas de tartésicas. En la tumba 10 de la necrópolis de La Joya ha aparecido un broche de cinturón, de placa romboidal y con dos de sus ángulos rematando en volutas (162). Sorprende esta mezcla de forma de procedencia hallstáttica y decoración evidentemente orientalizante. El problema ha sido analizado por Maluque de Motes, quien se expresa en estos términos: "Pero más importante es aún a nuestro juicio un matiz celtizante patente en muchas joyas, que constituye decididamente una base diferencial acusada en relación con la joyería de otros círculos orientalizantes mediterráneos. Este matiz celtizante aparecerá de modo acusado no ya en joyas sino en objetos de bronce de uso común, como por ejemplo en las hebillas de cinturón de bronce del tipo de Carmona con placas y garfios

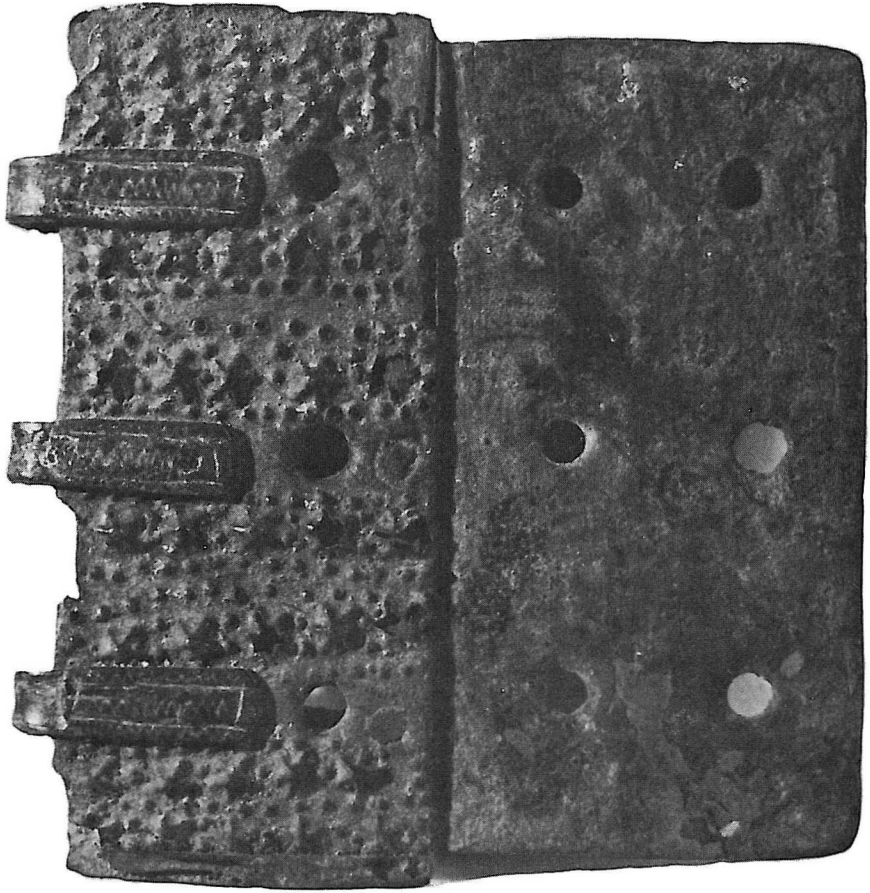


Figura 14: Broche de cinturón de Coria del Río.
Anverso.

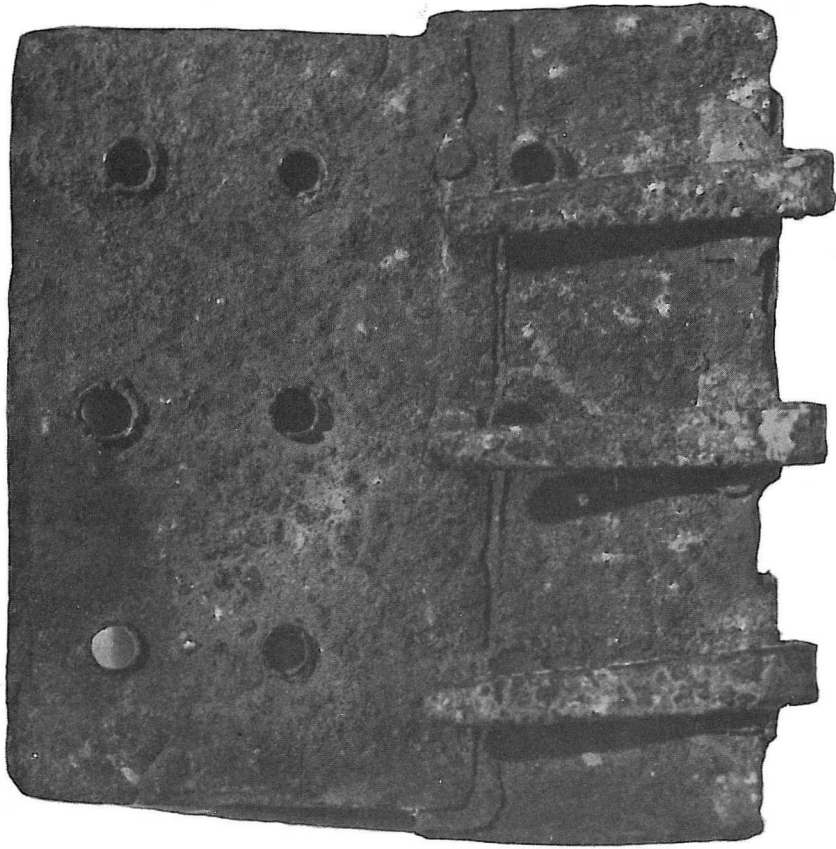


Figura 15: Broche de cinturón de Coria del Río.
Reverso.

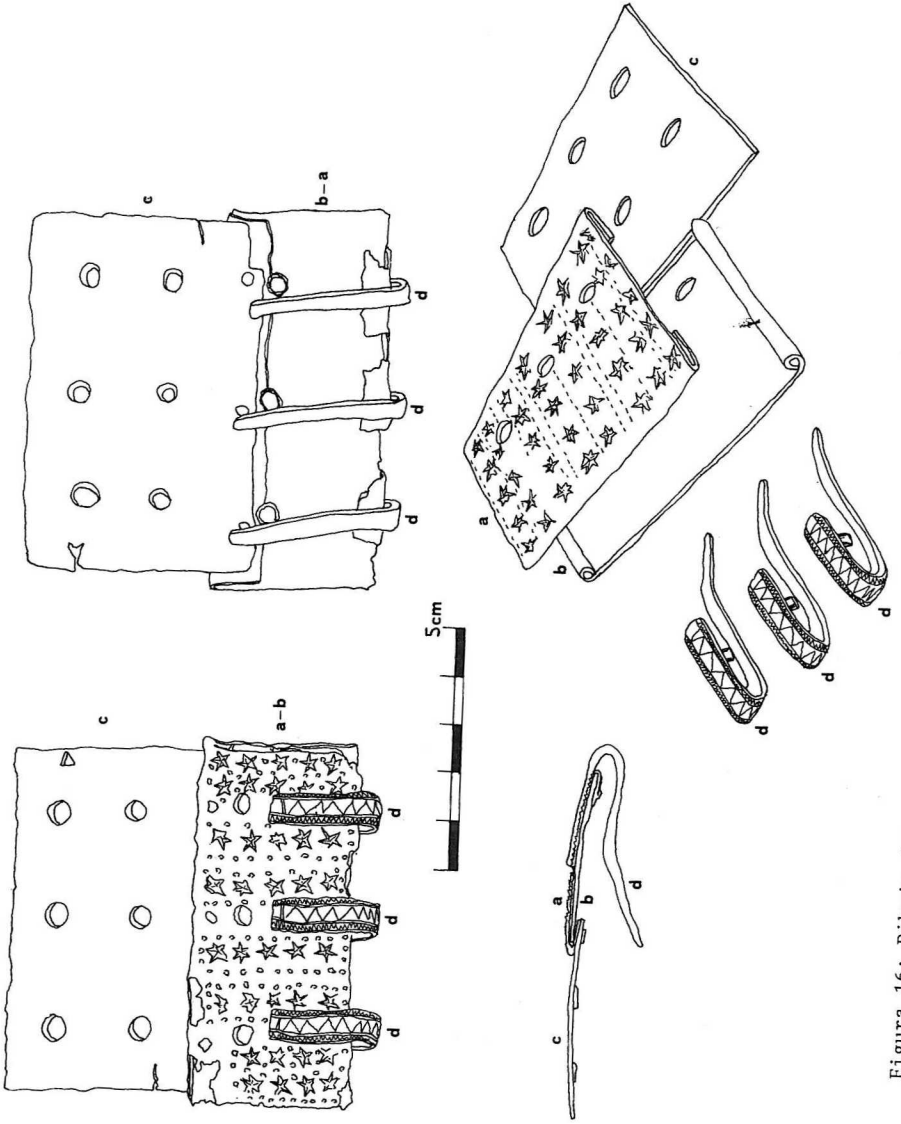


Figura 16: Dibujo del broche de cinturón de Coria del Río.

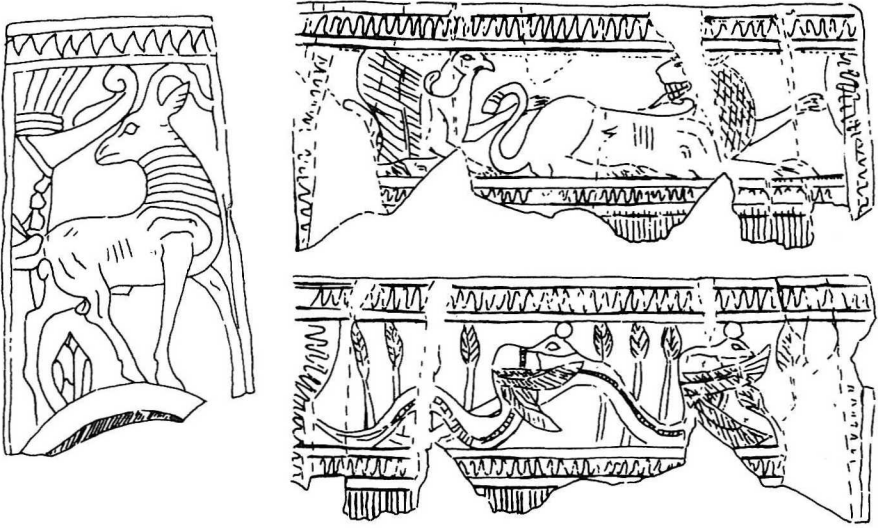


Figura 17: A la izquierda, placa de marfil procedente de El Acebuchal; a la derecha, sendas caras de un marfil de Samos. (Según dibujo de L. Monteagudo).

cuya organización podría calificarse de céltica y su decoración es también orientalizante..." (163). En su análisis sobre las joyas de El Carambolo (164) y en la pieza que representa a Astarté, denominada "bronce Carriazo" (165), ha podido detectar la confusión de estos elementos. En este sentido debemos valorar el broche de cinturón de la necrópolis de La Joya -de la tumba 10-, pero no es el caso del broche de Coria del Río, cuya decoración es para nosotros orientalizante.

Finalmente nos referimos al área de dispersión de estos broches. Ocupa, hasta el momento presente, una zona con creta donde los hallazgos casuales y las excavaciones metodicas nos han proporcionado el horizonte cultural tartésico. El término de Carmona ha sido el más pródigo en este tipo de hallazgos, con diez broches en El Acebuchal, dos de la Cruz del Negro y tres de la necrópolis de Carmona, más conocida por sus enterramientos romanos, pero remontándose su antigüedad a siglos atrás (166). De Setefilla, en Lora del Río, podemos constatar siete broches (167). A éstos, les debemos unir el de Coria, que presentamos, y tres más recién descubiertos en la necrópolis de La Joya de Huelva (168). - En Alcaçer do Sal -Portugal- se han excavado otros dos, estrechamente emparentados con los andaluces (169). Estos hallazgos portugueses no deben sorprendernos, pues más al norte en Torres Vedras se ha descubierto un enterramiento que contenía un jarro de bronce piriforme tartésico, con el asa rematada en una palmeta chipro-fenicia, y un "braserillo" - con asas de manos (170).

En resumen, la pieza macho de cinturón de Coria del Río no aporta novedad notable al conjunto de las conocidas y estudiadas. Sus aspectos decorativos -rosetas, puntos y líneas en zig zag- son también conocidos por otros broches similares. La decoración en zig zag, documentada en objetos de carácter céltico, aparecen con frecuencia en los festones de piezas en marfil orientalizantes (171). Este motivo, y concretamente en la pieza de Coria, pertenece para nosotros al repertorio orientalizante, según hemos podido argumentar a base de los trabajos en marfil, que presentan una fuente inagotable de motivos decorativos y que ha de tenerse en cuenta a la hora de analizar otras obras artísticas. Finalmente, una fecha a fines del siglo VI a. de C., para el broche de Coria, nos parece aceptable.

NOTAS

- 1) A. GARCIA Y BELLIDO: "Materiales de arqueología hispanopúnica: Jarros de bronce", AESPA, XXIX, 1956, 85 y ss; IDEM: "Inventario de los jarros púnico-tartésicos", AESPA, XXXIII, 1960, 44 y ss., IDEM: "Nuevos jarros de bronce tartesios", AESPA, XXXVII, 1964, 50 y ss.; IDEM: "Los Bronces tartesios", en V. Sump. Intern. de Preh. Peninsular (Jerez de la Frontera, 1968), Barcelona, 1969. IDEM: "Estado actual de los problemas de la colonización púnica en Occidente", en IV World Congress of Jewish Studies, Vol. I, Jerusalén, 1967.
- 2) Así lo ha manifestado, por ejemplo, la tumba de incineración de la Cañada de Ruíz Sánchez, en Carmona. Véase G. BONSOR: Les colonies agricoles préromaines de la vallée du Bétis, París, 1899. También la tumba de El Palmarón, en Niebla (Huelva). Para esta tumba existe un trabajo cuyo único valor es el de proporcionar el catálogo de los objetos que en ella aparecieron, CRISTOBAL JURADO CARRILLO: Mosaico de Leyendas, tradiciones y recuerdos históricos de la ciudad de Niebla (Huelva), 1ª parte, Lérida, 1934, pág. 134 y ss. Recientemente han sido significativas en este sentido las excavaciones en la necrópolis de La Joya en Huelva, tumbas de este contexto cultural. Véase J.P. GARRIDO ROIZ: Excavaciones en la necrópolis de "La Joya", Huelva (1ª y 2ª Campanas), en Excavaciones Arqueológicas de España, n° 71, Madrid, 1970.
- 3) ESTRABON, III, II, 3. Nos informa acerca de la navegabilidad del río. Recientemente las excavaciones en el Cerro Macareno han puesto de manifiesto esta afirmación, pues el yacimiento se halla enclavado junto a uno de sus afluentes, hoy casi seco, pero de evidente uso en las navegaciones en época tartésica.
- 4) Así lo han visto perfectamente A. BLANCO y J.M. LUZON: "Pre-roman Silver Miners at Riotinto", Antiquity, XLIII, 1969, 124 y ss. Y H. SCHUBART:

"Las excavaciones de Torre del Mar y el panorama arqueológico de las fundaciones de colonias fenicias en la costa mediterránea de la Península Ibérica". en Papeles del Lab. de Arq. de Valencia, nº11, Valencia, 1975, 199 y ss.

- 5) El ambiente arqueológico de esta zona es rico en esta serie de hallazgos. Alcalá del Río se encuentra en un recodo del Guadalquivir, en las estribaciones de las bajas colonias del Aljarafe, y junto a yacimientos de gran importancia para la explicación de la primera mitad del I milenio a. de C. Basten citar los yacimientos de Puebla del Río (Sevilla), espqñón y último punto, según se baja el río, hacia la costa; Coria del Río (Sevilla), con un yacimiento -el Cerro de San Juan- que ha proporcionado numerosos materiales fenicios; el Carambolo, excavado en los años 1959-60 (J. DE MATA CARRIAZO: Tartessos y El Carambolo. Investigaciones arqueológicas sobre la protohistoria de la baja Andalucía, en Arte de España, Publicaciones del Patronato Nacional de Museos, Madrid, 1973. Recoge y estudia los niveles arqueológicos excavados en el yacimiento, que han proporcionado un numeroso material púnico. Esperemos que la excavación de su necrópolis proporcione un ambiente similar al de las tumbas de La Joya en Huelva o Cármona en Sevilla). Recientemente, a partir del -- verano de 1974, se están realizando excavaciones metódicas en el Cerro Macareno (San José de la Rinconada, Sevilla), a poca distancia de Alcalá del Río, con resultados sorprendentes para la explicación del carácter de la colonización fenicia en esta zona andaluza. Alcalá del Río ha proporcionado vestigios arqueológicos, y posiblemente sea otro jalón más junto al -- Guadalquivir. Véase J. HERNANDEZ DIAZ, A. SANCHO CORBACHO y F. COLLANTES DE TERAN: Catálogo arqueológico y artístico de la provincia de Sevilla, Sevilla, 1939, tomo I, pág. 90 y ss. Menciona el hallazgo de una piedra "con -- caracteres turdetanos" y una escultura en piedra representando un toro o verraco. A esto -- debemos unir nuestras prospecciones, en las -- que hemos recogido cerámicas de los siglos -- VII-VI a. de C.

- 6) BLANCO, A. LUZON, J.M. y RUIZ MATA, D.: "Panorama tartésico en Andalucía Occidental", en V Symp. Intern de Preh. Peninsular (Jerez de la Frontera, 1968) Barcelona, 1969; IDEM: "Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón", Universidad de Sevilla, 1970; J.M. LUZON y DIEGO RUIZ MATA: "Excavaciones en la Colina de los Quemados. Mil años de historia de Córdoba", Córdoba, 1973; J.M. BLAZQUEZ, J.M. LUZON y DIEGO RUIZ MATA: "La factoría púnica de Aljaraque en la provincia de Huelva", Not. Arq. Hispánico, XIII y XIV, Madrid, 1971; J. DE MATA CARRIAZO y K. RADDATZ: "Primicias de un corte estratigráfico en Carmona", Archivo Hispalense, 103-104, Sevilla, 1960; J. DE M. CARRIAZO: ob. cit. en nota 5; J. m. BLAZQUEZ, J.M. LUZON, F. GOMEZ y C. KLAUS: "Huelva Arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro", Huelva, 1970; J.P. GARRIDO ROIZ: "Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva", Exc. Arq. de España, 70, Madrid, 1971; J. M. BLAZQUEZ: "Tartesos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente", Salamanca 1968; IDEM: "Las colonizaciones semitas en Huelva, Cádiz y la baja Andalucía", en Papeles del Lab. de Arq. de Valencia, 11, Valencia, 1975. En estos días nos han llegado dos publicaciones del máximo interés para el estudio del horizonte colonial semita. OSWALDO ARTEAGA y MARIA R. SERNA: "Die Ausgrabungen von Los Saladares, prov. Alicante", en Madrider Mitteilungen, 15, 1974, 108 y ss.; N. MESADO OLIVER: "Vinarragel (Burriana, Castellón)", Servicio de Investigaciones Prehistóricas, nº46, Valencia 1974. Se ha visto que, sobre los niveles hallstáticos del siglo VII a. de C., aparece un horizonte de influencia semita que tiene su auge a lo largo del s. VI y parte del s. V a. de C., con fragmentos de ánforas tipo Mogador, trípodos y cerámicas pintadas de importación. Los Saladares, Alicante, ha proporcionado un horizonte del Bronce final con cerámicas similares a las del valle inferior del Guadalquivir y otro con cerámicas fenicias de importación.
- 7) SCHUBART, H. NIEMEYER, H.G. y PELLICER, M.: "Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez", Exc. Arq. de España, 66, Madrid,

1969; H. SCHUBART y H.G. NIEMEYER: "La factoria paleopúnica de Toscanos (Resultados de las excavaciones estratigráficas)", V Symp. Int. de Preh. Peninsular (Jerez de la Frontera, 1968), Barcelona, 1969; H. SCHUBART: "Colonias fenicias en la región de Málaga", Arbor, n°280, 1969; IDEM: "Las excavaciones de Torre del Mar y el panorama arqueológico de las fundaciones de colonias fenicias en la costa mediterránea de la Península Ibérica", Papeles del Lab. de Arq. de Valencia, 11, Valencia, 1975. M°E. AUBET: "Excavaciones en Las Chorreras (Mezquitilla, Málaga)", Pyrenae, 10, 1974, 79 ss.; M E. AUBET, G. MAASS-LINDEMANN y H. SCHUBART: "Chorreras. Eine phönizische Niederlassung östlich der Algarrobo-Mündung", M.M., 16, 1975, 137 ss.; G. MAASS-LINDEMANN y H. SCHUBART: "Jardin. = Vorbereicht über die Grabung 1974 in der Nekropole des 6./5. Jahrhunderts v.Chr.", M.M.16, 1975, 179 ss.

- 8) Véase la bibliografía citada en la nota 2. Además, --
E. CUADRADO: "Repertorio de los recipientes rituales metálicos con "asas de manos" de la Península Ibérica", en T.S.H.P., XXI, 1966, más completo que el publicado en Arch. Esp. de Arq., XXIX, 1956.
- 9). GARRIDO, J.P. ob.cit. en nota 6, pág. 79.
- 10) DELATTRE, A.: "La nécropole punique de Douïmes (a Carthage). Fouilles de 1895 et 1896", en Mem. de la Soc. des Antiquaires de France, tomo VI, Paris, 1897, fig. 83, de un oinocoe de marfil con cuello largo y cilíndrico, boca trilobulada, cuerpo ovoide y pié troncocónico; fig. 88, oinocoe de bronce, de proporciones más esbeltas que los hispanos, que nos parece más tardío.
- 11) Ver, por ejemplo, Monte Sirai, en Studi Semitici I y II, Roma, 1964 y 1965. En todas las tumbas excavadas no ha aparecido ni un solo jarro de bronce.
- 12) PELLICER, M.: "Excavaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del Cerro de San Cristobal (Almuñécar,

Granada)", en Exc. Arq. de España, 17, Madrid, 1962. De todas las tumbas excavadas, que han proporcionado un material fenicio, ni en una sola han aparecido jarros. No obstante, si se han registrado jarros piriformes en cerámica en el ajuar de estos enterramientos.

- 13) O. cit. en nota anterior. Además. R. FERNANDEZ CANIVELL, H. SCHUBART y H.G. NIEMEYER: "Las tumbas de cámara 2 y 3 de Trayamar en Algarrobo (Málaga)", Zephyrus, XVIII, 1967; H.G. NIEMEYER y H. SCHUBART: "Toscanos und Trayamar. Grabungshampagne 1967", Madrider Mitteilungen, 9, 1968; H.G. NIEMEYER, M. PELLICER y H. SCHUBART: "Altpunische Funde von der Mündung des Río Algarrobo", Madrider Mitteilungen, 5, 1964. Nos muestra oinócōes bocas de seta y de boca trilobulada.
- 14) CULICAN;W.: "Essay on a phoenician ear-ring", Palestine Exploration Quaterly, julio-diciembre 1958. Estudia Culican el posible origen de estos vasos piriformes en bronce; J.M. BLAZQUEZ: "Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente", Salamanca, 1968. Se trata de la primera obra de conjunto sobre el material de Tartessos; 2ª edición corregida y ampliada, en Salamanca, 1975. IDEM, en Zephyrus, 14, 1963, que estudia los jarros de la Hispanic Society de Nueva York.
- 15) BONSOR, G: "Les colonies agricoles..."
- 16) JURADO CARRILLO, C.: ob. cit. en nota 2. V. PINGEL: "Zur Vorgeschichte von Niebla (Prov. Huelva)", M.M. 16, 1975, 111 ss.
- 17) GARRIDO, J.P. En Exc. Arq. de España, 71; IDEM, en "Huelva: Prehistoria y Antigüedad", Madrid, 1975, cap. IV. La Edad del Hierro, 195 y ss.
- 18) Véase, por ejemplo, el trabajo de L. PARETI: "La Tomba Regolini-Galassi", en M.Greg. Etr., Monumenti Vaticani di Archeologia e d'Arte, vol. VIII, Città del Vaticano, 1947.

- 19) Véase notas 9, 10, 11 y 12.
- 20) CULICAN, W: art. cit. en nota 14; J.M. BLAZQUEZ, obr. y art. citados en nota 14.
- 21) CULICAN, en P.E.Q. 1958, lam. VIII, fig. 5.
- 22) CULICAN, W. en Palestine Exploration Quaterly, 1959.
- 23) BLANCO, A: "Orientalia. Estudio de los objetos fenicios y orientalizantes de la Península, en Arch. Esp. Arq. XXIX, 1956.
- 24) BLAZQUEZ, J.M. ob. cit. en nota 14.
- 25) MALUQUER DE MOTES: J. "Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos", en I Symp. de Preh. Peninsular, Pamplona, 1959; IDEM: "De metalurgia tartésica: el bronce Carriazo", Zephyrus, VIII, 1, 1957.
- 26) Bibliografía citada en nota 6.
- 27) Queremos agradecer desde estas páginas las sugerencias - que nos proporcionaron diversos especialistas del ejército, pertenecientes a los talleres de Maestranza de Artillería de Sevilla.
- 28) Arts. cits. en nota 1. García y Bellido ha ido elaborando una tabla con todos los vasos que fue conociendo, publicada en todos los artículos ya citados.
- 29) Publicado varias veces por GARCIA Y BELLIDO en arts. cits. en nota 1. También por BLANCO en Arch. Esp. Arq. XXIX, 1956, y BLAZQUEZ, en obr. cit. en nota 14. Se trata de un vaso semejante al de Alcalá del Río, de cuello troncocónico, baquetón y cuerpo ovoide. García y Bellido observó en él dos ligeros senos que se reflejaban en el perfil del cuello, que nosotros también hemos advertido en el nuestro. El asa es de dos baquetas, divididas por un surco, y remata en una palmeta muy similar a la del jarro de Alcalá.

- 30) Estos fondos, cóncavos, suelen ser frecuentes entre las primeras cerámicas a torno del sur de la Península, en los niveles de la colonización fenicia de fines del siglo VIII a. de C. y todo el siglo VII. Perduran mucho tiempo. Sólo nos interesaba precisar sus comienzos.
- 31) Ver nota 1.
- 32) Art. cit. en nota 23.
- 33) BLAZQUEZ, J.M. Op. cit. nota 6: IDEM, en Zephyrus, XIV, 1963; IDEM, en Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 11, 1975.
- 34) BLANCO, A: En AEspA, XXIX, 1956. Distingue una forma A, en la que se encuadran los jarros de Coca, Aliseda y de La Cruz del Negro, es decir, los jarros de menor tamaño, de bocas trilobuladas y palmetas sin tallos terminales. En este grupo debemos incluir los jarros de Torres Vedras y Alcalá del Río. Serían los más antiguos. El grupo B lo forman los jarros de Niebla y Siruela, de mayor tamaño, boca a base de un disco, asas divididas en tres por medio de surcos y palmetas con tallos que salen de las volutas. Correspondería a una época posterior y fabricados en talleres locales.
- 35) GARCIA Y BELLIDO, AEspA, 29, 1956, fig. 2; BLAZQUEZ Zephyrus, XIV, 1963, figs. 1 a 3; IDEM, op. cit en nota 6, figs. 4 y 5.
- 36) GARCIA Y BELLIDO, AEspA, 29, 1956, fig. 4; BLAZQUEZ, op. cit. en nota 6, figs. 6 y 7.
- 37) TRINDADE, I. y DA VEIGA, O: "Acerca do vaso "piriforme" tartésico de Bronze do Museo de Torres Vedras" Boletim Cultural da Junta Distrital de Lisboa, LXIII, LXIV-II, Lisboa, 1965, fig. 1 (3 y 4).
- 38) BLANCO, AEspA, 29, 1956, figs. 5 y 6; BLAZQUEZ, op. cit. en nota 6, lams. 8A y 8B.
- 39) GARCIA Y BELLIDO, AEspA, 29, 1956, fig. 3; BLAZQUEZ, op. cit. nota 6, figs. 8 y 9, láms. 13-A y 13-B. Para el que se conserva en el Metropolitan Mu-

seum de Nueva York, GARCIA Y BELLIDO, AEspA, 37, 1964, fg. 1 y 2; BLAZQUEZ, op. cit. en nota 6. figs. 13 a 15; IDEM, en Zephyrus, XIV, 1963, figs. 4 a 6.

- 40) De Huelva se conoce un ánfora de bronce publicada por E.M ORTA y J. PEDRO GARRIDO en Trabajos de Prehistoria, XI, 1963. Ver también GARCIA Y BELLIDO, AEspA, 37, 1964, figs. 12 a 14; BLAZQUEZ, op. cit. en nota 6, figs. 27 y 28, lams. 23-A, 23-B y 23-C. Recientemente han aparecido dos jarros más -tumbas 11 y 18- que no pertenecen a la forma A de Blanco.
- 41) Ver nota 39.
- 42) Anfora de bronce procedente de un hallazgo casual en la necrópolis de "La Joya", en Trabajos de Prehistoria, XI, 1963; otro de boca teriomorfa de la tumba 18: J.P. GARRIDO en cap. IV de "Huelva: Prehistoria y Antigüedad", de V.V.A.A. Madrid, 1975, J.M. BLAZQUEZ, en Papeles del Laboratorio de Arq. de Valencia, 11, 1975, lam. XIII.
- 43) Arqueológicamente, los primeros niveles coloniales en Huelva tienen la misma fecha que en los yacimientos excavados en otras zonas. Véase, J.M. BLAZQUEZ, J.M. LUZON, F. GOMEZ y C. KLAUS: Huelva Arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro". Huelva, 1970.
- 44) Compárense las secciones y observaremos algunas analogías. Las protuberancias que aparecen en los jarros de Coca y Alcalá del Río, en el cuello, desaparecen en el de Carmona. Observamos que el de Carmona es un poco mayor, 5 cm. más alto; no obstante, los de disco plano le superan en 10 cm.
- 45) Cotéjense las secciones. Ver, por ejemplo, GARCIA Y BELLIDO, AEspA, 29, 1956, fig.4 y nuestra figura.
- 46) Posiblemente el detalle sea casual, pero cabe hacerlo en la observación detenida que venimos haciendo.

- 47) Ciertos jarros etruscos tienen el cuello más estrecho, en forma de embudo y algo cóncavos. Vease, A. BLANCO, AEspA, 29, 1956, fig. 8, jarro de la Tumba del Trípode y fig. 17, jarro chipriota, en Nueva York. Evidentemente todos estos rasgos - obedecen más a las huellas de los diferentes talleres.
- 48) BLANCO, AEspA, 29, 1956.
- 49) Los niveles arqueológicos más antiguos han proporcionado muchas asas geminadas, que huelga aquí describir.
- 50) M. PELLICER: "Escavaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del Cerro de San Cristobal (Almuñécar, Granada)", Exc. Arq. de España, 17, fig. 9, 3.
- 51) Ob. cit. nota anterior, fig. 13, 2.
- 52) Confróntese figuras
- 53) Op. cit. nota 50, procedentes de la tumba 19.
- 54) Veáse, por ejemplo, GARCIA Y BELLIDO, 37, fig. 31, que presenta un cuadro con un gran número de palmetas tartésicas.
- 55) BLAZQUEZ, Zephyrus, XIV, 1963, figs. 4 a 6; IDEM, op. cit. en nota 6, figs 13 a 15.
- 56) GARCIA Y BELLIDO, AEspA, 33. fig. 2 y 8; BLAZQUEZ, op. c. en nota 6, figs. 24 a 26, láms. 21-A, 21-B, 22-A y 22-B. Publicado también por CULICAN, en Siria, XLV, 1968, que lo relaciona con el jarro sidonio.
- 57) DUNAND, M: "Note sur quelques objets provenant de Saïda" Siria, VII, 1926, y CULICAN, Siria, XLV, 1968.
- 58) GARCIA Y BELLIDO, AEspA, 30, figs. 1-9, IDEM, AEspA, 33. figs. 10-11; BLAZQUEZ, op. cit. en nota 6, figs 19-20, láms. 18-A, 18-B y 18-C.

- 59) Publicado por J.P. GARRIDO, en "Huelva: Prchistoria y Antigüedad", Madrid, 1975, cap. IV, lám. 207.
- 60) TUFNELL, O. y WARD, W.A.: "Relations between Byblos, Egypt and Mesopotamia at the end of the third millenium b.C. A Study of the Montet Jar.", *Syria*, XLIII, 1966, 165 ss., fig. 1. lám. XI-XII.
- 61) MONTET, P. "Byblos et l'Egypte. Quatre Campagnes de fouilles a Gebeil (1921-1924)", París, 1928, Lam. CLIV (995).
- 62) COLDSTREAM, J.N. Greek Geometric Pottery. A Survey of ten local styles and thcir chronology, Londres, 1968, Lam. 11-g, 11-d y 14-e.
- 63) G^a Y BELLIDO, AEspa, 29, 1956, fig. 2, IDEM, Aespa, 37 figs. 17 a 19; BLAZQUEZ, *Zephyrus*, XIV, figs. 1 a 3; IDEM, op. cit. en nota 6. figs. 4 y 5, láms. 11-A y 11-B.
- 64) GARCIA Y BELLIDO, AEspa, 33, fig. 9; IDEM, Aespa, 29, figs. 4 y 8; BLAZQUEZ, op. cit. en nota 6, figs. 6 y 7, lamis. 12-B y 13-A.
- 65) Art. cit. en nota 37.
- 66) Ver nota 59.
- 67) Ver nota 58.
- 68) ORTA, E.M^o y GARRIDO, J.P. "La tumba orientalizante de -- "La Joya", Huelva", trabajos de Prehistoria, XI, Madrid, 1963; J.M. BLAZQUEZ, op. cit. nota 6. figs. 27 y 28, láms. 23-A, 23-B, 23-C; G Y BELLIDO, AEspa, 37, figs. 12 a 14.
- 69) GJERSTAD, E, S.C.E., vol. IV-2, fig. 26, 32.
- 70) KAREGEORGHIS, V: "Excavations in the necropolis of Salamis", vol. 3-I, Nicosia, 1967, lam. LXXX, 111, 114, 81a, 117, 119; CXIV, 51 y 48, procedentes de la tumba 2.
- 71) Publicada también por A. BLANCO, en AEspa, 29, 1956, fig. 16.

- 72) KARAGEORGHIS,V: "Salamis in Cyprus", Thames and Hudson, fig. , de la tumba 79.
- 73) BONSOR.G: "Early Engraved Ivories in the Collection of the Hispanic Society of America, New York", 1928, pág. 66; IDEM: "Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Betis", Paris, 1899, pág. 87
- 74) GARCIA Y BELLIDO, AEspA, 37, figs. 1 y 5; BLAZQUEZ, Zephyrus, XIV, fig. 5, IDEM, op. cit. nota 6, fig. 15 y lám. 16-B.
- 75) BLAZQUEZ, op. cit. en nota 6, fig. 10 y lám. 14-B; GARCIA Y BELLIDO, AEspA, 29, figs. 3 y 9.
- 76) GARCIA Y BELLIDO, AEspA, 29, fig. 1 y 5; BLAZQUEZ, op. cit. en nota 6. fig. 12 y lám. 15-D.
- 77) S.C.E., vol. IV-2, 26, 31.
- 78) S.C.E., vol. IV-2, 32, 14.
- 79) S.C.E., vol. IV-2, 40, 1
- 80) KARAGEORGHIS, op. cit. en nota 72.
- 81) DECAMPS,DE MERTZENFELD,C. "Inventaire commenté des ivoires phéniciens et apparentés découverts dans le Proche-Orient", Paris, 1954.
- 82) Op. cit. lám. IV, 29.
- 83) BARNETT, R.D.: "A Catalogue of the Nimrud Ivories (With others examples of Ancient Near Eastern Ivories in the British Museum)", Londres, 1957.
- 84) Op. cit. en nota 81, lám. VI, 28.
- 85) Op. cit. lams. XLVI, 402, XLVII, 406; XLVIII, 407.
- 86) Op. cit., láms. LXXX, 875 y LXXXI, 876.
- 87) Op. cit. Lam. LXXX, 877

- 88) Op. cit. lám. XCIII, 914.
- 89) CROWFOOT, J.W y C.M.: "Early Ivories from Samaria", Palestine Exploration Fund, Londres, 1936.
- 90) Op. cit., lám. XVII, 4a, 10 y 11.
- 91) Op. cit. lám. XXI, 1.
- 92) Op. cit. en nota 77, láms. C, 949, 951, palmetas muy semejantes a las de Arslan Tash; el triángulo es sólo de tres líneas; CI, 1118, CII, 953, 955, 957; CIII, 958; CIV, 954, 962; CV, 956, 961, - 965; CVII, 970, 971.
- 93) Op. cit. en nota 79.
- 94) Op. cit. fig. 1; Lams. VII, S-7; XXXII, S47a; LIII, S122, LXXXVIII, S293; XCIV, S333a; XCV, S327.
- 95) Op. cit. LV, S108; también en BARNETT, Iraq, II, 1935, en donde presenta una fotografía.
- 96) Op. cit. en nota 77, CXIII, 1034.
- 97) BLANCO, A. AEspa, 30, 1960.
- 98) A juzgar por los pocos vasos aparecidos, sólo dos y -- ninguno de ellos semejantes a los nuestros. Ver A. DELATTRE op. cit. en nota 10, con la relación de las figuras que corresponden a los vasos.
- 99) BONSOR, G: "Les colonies agricoles...", cit. en nota 69, figs. 118 y 119.
- 100) BLANCO, A. AEspa, 29, 1956, figs. 23 y 24.
- 101) Art. cit. en nota anterior, fig. 25.
- 102) Reproducido por S. MOSCATI: "The World of the phoenicians", Londres, 1968, fig. 23
- 103) GARCIA Y BELLIDO, arts. cits. en nota 1, A. BLANCO, art. cit. en nota 23, J.M. BLAZQUEZ, ob. y arts. cits. en nota 6; CULICAN, art. cit. en nota 14 y en Syria, 1968.

- 104) Ver nota 18.
- 105) Ver nota 10.
- 106) Todos los arts. cits. anteriormente.
- 107) PELLICER, M. Exc. Arq. de Esp. 17, figs. 15 y 16.
- 108) En AEspA, 29, 1956.
- 109) Así lo creen GARCIA Y BELLIDO, A. BLANCO y J.M. BLAZQUEZ
- 110) Ver nota 103.
- 111) NIEMEYER, H.G. PELLICER, M. y SCHUBART, H: "Altpunische Funde von der Mundung des Rio Algarrobo", Madri der Mitteilungen, 5, 1964, figs. 2 y 3 y lám.s. 26 y 27.
- 112) KARAGEORGHIS: V. "Excavations in the necropolis of Salamis", vol. 3-I, Nicosia, 1967, lám.CXXXVIII, 41 y 53, jarros de disco plano, CXXXVIII, 43-49, piriformes, procedentes de la tumba 47.
- 113) GJERSTAD, S.C.E., vol. IV-2, fig. 33, 14.
- 114) En Papeles del Laboratorio de Arq. de Valencia, 11, 1975, lam. XIII.
- 115) En AEspA, 37, 1964.
- 116) PELLICER, Exc. Arq. Esp., 17, fig. 9, 3 y fig. 13, 2.
- 117) En Syria, VII, 1926.
- 118) En Syria, XLV, 1968.
- 119) En AEspA, 37, 1964, pag. 76: "En los de Etruria -se refiere a los jarros- singularmente en los de Caere y Praeneste la barroca y complidada palmeta coincide con las que exhibe las dos pulseras de La Aliseda... Pero unas y otras divergen de las que hallamos en los jarros hispanos. Aquí la palmeta ha llegado a una simplificación más orgánica y lógica, más geométrica, que es, sin duda, el natural resultado de una evolución que partiendo de palmetas floridas y complejas como

las de Caere, Praeneste y La Aliseda, se ha dado finalmente, tras una lenta depuración, en las que exornan nuestros jarros. Es muy probable, por tanto, que debamos ver en tal diferencia mas que un grupo o tipo nuevo y distinto u una simple diferencia de época, una distancia cronológica, en cuyo caso las palmetas nuestras, más evolucionadas hacia un esquema geométrico, serían las más recientes".

- 120) MOSCATI, op. cit. en nota 102, fig.
- 121) Syria, XLV, 1968, 275 ss.
- 122) En el Instituto de Enseñanza Media, construído en pleno cerro, tuvimos ocasión de ver y dibujar numerosos fragmentos, recogidos en las zanjas -- practicadas para la cimentación de edificios. De su análisis pudimos inferir que el cerro - posee una secuencia cultural que con probabilidad se origina en los comienzos de la colonización púnica en esta zona o un poco antes. Se han recogido fragmentos de barniz rojo, ánforas ovoides, dos vasitos en cerámica que imitan - los de alabastro, etc.
- 123) Según indicación de don Salvador Sancha Fernández, Director del Museo de Artes y Costumbres Populares de Sevilla, a quien queremos darle una vez más las gracias por sus continuas referencias sobre esta zona.
- 124) Excavación del profesor Carriazo Arroquia. El yacimiento cuenta ya con una amplia bibliografía, entre la que destacamos J. de MATA CARRIAZO: "Tartesos y El Carambolo. Investigaciones arqueológicas sobre la protohistoria de la baja Andalucía"., en Arte de España, Madrid, 1973. Aquí se detallan los niveles culturales excavados del poblado.
- 125) Las noticias que se poseen de este yacimiento se deben, en su mayor parte, a nuestras prospecciones, recogiendo un gran número de fragmentos cerámicos que han revelado un ambiente cultural semejante al de El Carambolo.

- 126) Durante el verano de 1974 y otoño-invierno de 1974-75, se han excavado cinco cortes estratigráficos y comenzado otros cinco, con una potencia máxima entre 8 y 9 metros, que han puesto de manifiesto la existencia de un poblado que abarca desde los siglos IX-VIII a. de C. a época romana.
- 127) CUADRADO, E., ASCENÇÃO E BRITO, M. A. de: "Broches tartésicos de cinturón de doble gancho", XI, C.A.N (Mérida, 1968), Zaragoza, 1970, 494 y ss. Se recogen y catalogan por tipologías 24 broches que abarcan desde el siglo VII a. de C. a fines del s. VI o comienzos del V. a. de C. Es el primer estudio de conjunto acerca de estos broches. Con anterioridad, muchos de estos broches fueron publicados por J. CABRE: "Los dos lotes de objetos de mayor importancia de la sección de Arqueología Anterromana del M. Arqueológico de Sevilla", en Mem. Mus. Arq. Prov., vol. 5, 1944, Madrid, 1945.
- 128) Obras citadas en nota anterior. Además, G. BONSOR: "Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Betis", París, 1899; IDEM y R. THOUVENOT: "Necropole iberique de Setefilla, Lora del Río (Sevilla)", Bibliothéque de l'École des Hautes Etudes Hispaniques, fasc. XIV, París, 1928; J.P. GARRIDO: "Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva", Exc. Arq. Esp., n°71, Madrid, 1970.
- 129) BLAZQUEZ, J.M. "Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente", Salamanca, 1968
IDEM: Las colonizaciones semitas en Huelva, Cádiz y la baja Andalucía", en Papeles del Lab. de Arq. de Valencia, 11, Valencia, 1975, 207 y ss.
- 130) GARRIDO, J.P. ob. cit. en nota 7. Han aparecido tres -
broches de cinturón en las tumbas excavadas
hasta el momento. De la tumba 9 procede un ---
broche de cinturón que consta de dos placas,
macho y hembra, sin decoración (Ver lám.XVIII);
de la tumba 10, una placa de tipo romboidal,
con sus ángulos rematados en volutas, de un -
tipo similar a los que se han señalado como -

de la cultura hallstättica (Ver lám. XLV); en la tumba 19 ha aparecido otro broche de cinturón de garfios en plata. Este último broche está publicado en "Huelva: Prehistoria y Antigüedad", de Varios Autores, Madrid, 1975, en el cap. IV de J.P. GARRIDO y E.M. ORTA: "La Edad del Hierro", pag. 195 y ss., lám. 208.

- 131) BONSOR, G: ob. cit. en nota 7.
- 132) BONSOR, G. THOVENOT, T.R. ob. cit. en nota 7.
- 133) ASCENÇÃO E BRITO, M. A. De: "Contributo e classificação de alguns achados de Alcacer do Sal", Coimbra, 1968.
- 134) CUADRADO, E. y ASCENÇÃO, M.A.de: ob. cit. en nota 6.
- 135) MALUQUER DE MOTES.J. "Un interesante lote de bronzes, hallado en el castro de Sanchorreja (Avila)" Zephyrus, VIII, 1957, 241 y ss.
- 136) BLAZQUEZ, J.M. Ob. cit. en nota 8.
- 137) CUADRADO E y M.A. DE ASCENÇÃO: ob. cit. en nota 6. Remitimos a esta publicación porque contiene todos los broches de esta especie hallados en la Península, a excepción del broche de Coria del Río y los tres hallados en la necrópolis de La Joya en Huelva.
- 138) Ob. cit. en nota anterior. Lam. IV-2, 3 y lam. V, 1, que presentan broches de tres garfios, con piezas de ampliación de tres orificios, y adornados con placas de bronce repujado con rosetas y puntos.
- 139) Ob. cit. Fig. 3, 2.
- 140) Ob. cit. Lam. I-1, 5.
- 141) Ob. cit. Lam. IV, 1.
- 142) PALOL, P: "La necrópolis hallstättica de Agullana (Gerona)", Bibliotheca Praehistorica Hispanica, vol. I, Madrid, 1958, Fig. 165-19.

- 143) BISI, A.M. "La cerámica púnica, Aspetti e probema", Nápoles, 1970, lam. XI, 4 a 7, vasos globulares de dos asas y cuello con baquetón; P. CINTAS: "Ceramique punique", Publications de l'Institut des Hautes Etudes de Tunis, vol. III, Tunez, 4 1950. La forma está perfectamente atestiguada en vasos con un asa, VII, 90 a 95, o con dos asas, XVIII, 329 a 331, 334.
- 144) JODIN, A. "Mogador. Comptoir phénicien du Maroc Atlantique", Tánger, 1966, fig. 31 y lam. XXXIX.
- 145) SCHULE, W. "Die Meseta-kulturen der Iberischen Halbinsel", Madrider Forschungen, 3, Berlín, 1960, : lám. 108.
- 146) Ob. cit. lám. 113.
- 147) Ob. cit. lám. 137.
- 148) CABRE, J. CABRE DE MORAN, E. y MOLINERO, A.: "El castro y la necrópolis del Hierro de Chamartin de la Sierra (Avila)", Acta Arqueológica Hispánica, V, Madrid, 1950. Sepultura 182, lám. XXXIV, sepultura 175, lám. XXXV; sepultura 289, lám. XXXV.
- 149) BONSOR, G. "Les colonies agricoles...", fig. 127.
- 150) BLANCO, A. "Orientalia. Estudio de objetos fenicios y -- orientalizantes de la Península Ibérica", Arch Esp. Arq. XXIX, 1956; Los marfiles también han sido estudiados por J.M. BLAZQUEZ, ob. cit en nota 8, que ha corroborado la fecha por analogía con otros marfiles aparecidos en Samos, fechados entre 640-630 a.C.
- 151) BLANCO, A. art. cit. en nota anterior. J.M. BLAZQUEZ, ob. cit. en nota 8.
- 152) BONSOR, G. ob. cit. fig. 102-103.
- 153) Ob. cit. fig. 104 y figs. 115- y 116.
- 154) Ob. cit. figs. 105 a 110.

- 155) WALTER, H. y VIERNEISEL, K: "Agyptische und Orientalische Funde aus "Brunnen G" und dem Bothros", Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts (Athenische Abteilung), 74, 1959, lám. 86. Publicados también por J.M. BLÁZQUEZ, en ob. cit. en nota 8, fig. 41 y fig. 42.
- 156) Art. cit. en nota anterior, lám. 76, 1.
- 157) Art. cit., lám. 77, 3.
- 158) DECAMPS DE MERITZENFELD, C.: "Inventaire commenté des ivoires phéniciens et apparentés découverts dans le Proche-Orient", París, 1954, lám. VI, 28.
- 159) Ob. cit. en nota anterior, lám. XXXVII, 365-366.
- 160) Ob. cit. láms. XLIX, 519, LI, 457, 458 y 524, LVII, 483, LIX, 504, LX, 521; LXI, 537 y 541, en peñes; LXIII, 416.
- 161). Ob. cit. LXXX, 875
- 162) GARRIDO, J.P. ob. cit. en nota 7, tumba 10, lám. XLV
- 163) MALUQUER DE MOTES, J. "Nuevas orientaciones en el problema de Tartesos" I Symposium de Prehistoria Peninsular (Setiembre, 1959), Pamplona, 1960, 273-297.
- 164) Art. cit. en nota anterior.
- 165) IDEM: "De metalurgia tartésica: el bronce Carriazo", Zephyrus, VIII, 1, 1957.
- 166) BONSOR, G. ob. cit. en nota 7, J. CABRE, art. cit. en nota 6, E. CUADRADO y M.A. de ASCENÇAO E BRITO art. cit. en nota 6, que proporcionan un cuadro con todos los bróhhes y sus procedencias.
- 167) BONSOR, G. y THOUVENOT, R: ob. cit. en nota 7. Recogen un broche de cinturón de un garfio y otro de cinco, procedentes de los enterramientos tumulares.

- 168) GARRIDO, J.P. en E.A.E., 70, 1971, recoge los broches de las tumbas 9 y 10, en cap. IV de "Huelva: Pre-historia y Antigüedad", da a conocer el broche de plata de la tumba 19.
- 169) ASCENCAO, M.A. de; art. cit. en nota 12
- 170) TRINDADE, L. y DA VEIGA O.: "Acerca do vaso "piriforme" tartésico de Bronze do Museu de Torres Vedras" Boletim Cultural da Junta Distrital de Lisboa, LXIII, LXIV-II, Lisboa, 1965, pág. 175-183.
- 171) DECAMPS DE MERTEZENFELD, C. ob. cit. en nota 37.